

Encuesta sobre la dinámica de las relaciones en el noviazgo entre las estudiantes de bachillerato y preparatoria de una escuela privada, 2006

Marco teórico, diseño metodológico y resultados





**Instituto Nacional de las Mujeres
INMUJERES**

Alfonso Esparza Oteo 119
Col. Guadalupe Inn
C.P. 01020, México, D.F.
www.inmujeres.gob.mx

Primera edición: noviembre de 2007

Registro en trámite
ISBN: 978-968-9286-01-1

Autor: Roberto Castro Pérez
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
de la UNAM

Impreso en México/Printed in Mexico

Í n d i c e

5	Presentación	
7	Introducción	
9	I. Violencia en las relaciones de noviazgo	
15	II. Conceptos básicos para el estudio de la violencia durante el noviazgo	
19	III. Relevancia de una investigación sobre violencia en el noviazgo	
21	IV. Preguntas de investigación y clasificación de variables	
	4.1 Variables dependientes	22
	4.2 Variables independientes	23

31

V. Hallazgos de la investigación

- 5.1 Descripción de la muestra 31
- 5.2 Desarrollo y validación de los índices de poder de decisión,
autonomía sexual, e ideología de roles de género 38
- 5.3 Análisis de prevalencia y principales variables asociadas 48
- 5.4 Análisis multivariado 66
- 5.5 Nota sobre la severidad de la violencia 68

71

Conclusiones

73

Anexo I. Un intento no exitoso de estimación de un índice de bienestar social

75

Bibliografía

Presentación



En México la violencia contra las mujeres ha alcanzado niveles preocupantes. La *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2006* mostró que la mayoría de las mujeres que ha vivido episodios de violencia con su pareja, éstos se presentaron muchas veces durante el noviazgo. De las mujeres alguna vez unidas que comenzaron su relación de noviazgo entre los 15 y 19 años, 63 por ciento reportó haber vivido violencia por parte de su ex pareja; al igual que 41.4 por ciento de las mujeres casadas respecto a su pareja actual.

Desde una visión romántica, el noviazgo se considera una relación de pareja que se vive durante la juventud, que es aceptada, acordada y socialmente reconocida para experimentar e intercambiar no sólo palabras dulces y buenos sentimientos, sino también deseos y caricias erótico-sexuales; que puede concluir porque no cumple con las expectativas de las y los involucrados, o bien, transformarse en un compromiso de mayor duración. Para algunas personas, el noviazgo constituye la antesala de la unión civil o consensuada.

Algunos noviazgos se viven de manera cercana y profunda, en los que impera ya la regla de la fidelidad mutua; otros, en cambio, son vínculos abiertos establecidos entre sí, de común acuerdo, sin compromiso: los llamados “frees”.

El enfoque de género nos permite ver en esta etapa cómo se despliegan de manera significativa los roles y los estereotipos de pareja, y que es ahí, lamentablemente para muchas mujeres, donde se inicia la dominación y subordinación *de facto*, situación que se torna en terreno fértil para el germen de la violencia familiar.

En la investigación que hoy presentamos se encontró que 31 por ciento de las estudiantes entrevistadas han sufrido algún tipo de violencia en su relación de noviazgo. Ante este desolador panorama, urge implementar acciones de prevención, atención, sanción e investigación al respecto.

En este contexto, el Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES) y la Universidad del Valle de México (UVM) han iniciado un convenio de colaboración, en el que la *Encuesta sobre la Dinámica de las Relaciones en el No-viaje entre las Estudiantes de Bachillerato y Preparatoria de una escuela privada, 2006* es el primer resultado de este esfuerzo, y que, sin duda, contribuirá al cumplimiento de las metas establecidas sobre el tema en la Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres y en la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, así como con los compromisos adquiridos por México en el ámbito internacional para garantizar los derechos humanos de las mujeres.

Por medio de esta publicación, buscamos poner a disposición de todas las personas interesadas en el tema, datos muestrales representativos de un problema prácticamente inexplorado y reconocido como grave, que repercute en el desarrollo integral de las futuras generaciones del país.

Los resultados permiten conocer la prevalencia de las diversas formas de violencia, la severidad de éstas y los agentes que intervienen para perpetuarlas: sociodemográficos, socioeconómicos, hábitos saludables, consumo de alcohol, tabaquismo, estupefacientes, ejercicio de la sexualidad, vida reproductiva, situación de pareja, violencia intrafamiliar, niveles de autonomía y poder de decisión de las mujeres e ideología de roles de género.

La información que aporta resulta fundamental porque proporciona elementos cuantitativos que servirán para el desarrollo de políticas públicas, programas y acciones dirigidos a prevenir y atender la violencia que viven las jóvenes por parte de sus parejas. De igual forma, este trabajo constituye un buen ejemplo de lo que se puede lograr cuando se realizan alianzas entre los ámbitos público y privado, donde convergen el compromiso, la voluntad y el profesionalismo.

María del Rocío García Gaytán
Presidenta del Instituto Nacional de las Mujeres

Introducción

Este libro contiene los resultados finales de la Encuesta sobre la Dinámica de las Relaciones en el Noviazgo en Mujeres Jóvenes estudiantes del Bachillerato y Preparatoria de una escuela privada, levantada durante los meses de septiembre y octubre de 2006 en varios planteles de este nivel de estudios en diversas entidades de la República Mexicana.

El informe consta de cinco capítulos: En el primero se plantea el problema social que representa la violencia en el noviazgo, por medio de un repaso breve del conocimiento actual de este tema y basado en análisis de investigaciones de carácter empírico reportadas en la literatura especializada. En el segundo, se discuten los conceptos que han guiado el desarrollo de esta investigación, y en el tercero, la justificación que da pauta a este proyecto.

En el cuarto capítulo se explica el diseño metodológico; la distinción entre variables dependientes e independientes, las agrupaciones de las variables por áreas y dimensiones, al mismo tiempo que se identifica a qué pregunta del cuestionario corresponde cada una. En el quinto capítulo se presentan los hallazgos obtenidos, parte sustantiva de este libro que, para mayor facilidad, se ha dividido en cinco apartados.

En el primero de estos se localiza una descripción general de la muestra de 5 143 estudiantes mujeres de bachillerato y preparatoria que respondieron al cuestionario autoaplicado. El segundo apartado trata del desarrollo y validación de los tres índices de empoderamiento, que hemos construido para este proyecto y usado como principales variables independientes para tratar

de explicar las variaciones en los niveles de prevalencia y severidad de la violencia. Tales índices son el índice de *poder de decisión*, el índice de *autonomía sexual* y el índice de *ideología de roles de género*. En esta sección se presenta también información que muestra cómo varía el nivel medio de cada índice, según se sufra o no determinada forma de violencia.

El tercer apartado contiene un análisis de prevalencia de las cuatro formas de violencia estudiadas (psicológica, física, sexual y económica), el cual detalla, mediante tablas de contingencia, las variaciones de esta prevalencia al estudiar su asociación por medio de un análisis de regresión logística bivariada, con diversas variables independientes incluidas en esta investigación.

El cuarto y último apartado de este capítulo, presenta los modelos de regresión logística multivariada que hemos construido para cada tipo de violencia, en función de las variables que resultaron significativas en el análisis bivariado.

El informe concluye con una breve recapitulación de los hallazgos derivados de este estudio, así como con una reflexión sobre las principales rutas que, a juzgar por los resultados obtenidos, deben seguir los programas de prevención que se desarrollen para esta población en particular.

Finalmente, se incluye un anexo con la metodología que se aplicó, a fin de diferenciar a las estudiantes por estratos socioeconómicos, así como las razones que nos llevaron a deponer este intento.



I. Violencia en las relaciones de noviazgo

Un análisis de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003 muestra un dato revelador: al examinar la prevalencia de las violencias física, emocional y económica en las relaciones de pareja, los grupos de mujeres más jóvenes presentan las concentraciones más elevadas (véase Figura 1)¹. La prevalencia de la violencia física es particularmente contundente en el grupo de mujeres de 15 a 19 años, con una prevalencia de más de 13 por ciento, la cual decrece sistemáticamente a medida que aumenta la edad.

El patrón de las violencias emocional y económica es muy semejante entre sí, y en ambas el grupo de mujeres más joven es también uno de los que tiene las prevalencias más altas. De aquí la enorme importancia de conocer con mayor detalle la dinámica de las relaciones afectivas en las edades más tempranas, en particular durante la adolescencia, a fin de identificar las variables que se asocian al surgimiento de patrones de violencia tan elevados. Se trata de conocer cuáles son los patrones de instauración de la violencia entre los jóvenes, a qué lógica responden y en qué medida son prevenibles.

Estudios realizados en diversas partes del mundo han documentado cómo las relaciones de noviazgo en la adolescencia están claramente marcadas por las pautas de desigualdad de género y dominación prevalecientes en cada cultura. Se trata de una etapa en la vida donde se consolidan ciertos “aprendizajes” acerca del papel sumiso “que se espera” de las mujeres, así como de su disponibilidad en materia sexual y de otras índoles. Por tanto, esta etapa constituye una ventana de oportunidad para llevar a cabo intervenciones orientadas a cambiar los patrones de interacción dominantes, así como cuestionar el papel convalidador que juegan los pares (o compañeros). La apuesta es que estas intervenciones tempranas tendrían un efecto decisivo en el resto de la vida adulta de las y los adolescentes (Maxwell y Maxwell, 2003; Wood *et al.*, 1998).

¹ La violencia sexual, en cambio, presenta un patrón de ascenso hasta llegar al grupo de edad de 40-44 años, y a partir de ahí comienza a descender también sistemáticamente.

Figura 1. Prevalencias de violencia física, sexual, emocional y económica por grupos de edad.



Fuente: INMUJERES, Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003.

La investigación científica sobre violencia de pareja contra mujeres apenas ha comenzado en este país². Las encuestas con representatividad nacional son pocas, y aún más los estudios focalizados en grupos vulnerables específicos como el de las y los adolescentes. Según un estudio reciente hecho en el estado de Morelos, la prevalencia de cualquier tipo de violencia en el noviazgo fue de 28 por ciento entre adolescentes que estudian en escuelas públicas de secundaria, preparatoria y universidad en ese estado (Rivera-Rivera *et al.*, 2006).

En el Distrito Federal, la encuesta “Amor...es sin violencia” (Gobierno del Distrito Federal, 2005) reporta que cinco de cada 10 mujeres han vivido violencia en sus noviazgos, mientras que 30 por ciento dijo optar por el silencio cuando tiene un conflicto con sus parejas, para no molestar al compañero o novio³; 16 por ciento declaró haber sufrido agresiones verbales y/o físicas cuando tuvo algún conflicto con la pareja; y 15 por ciento manifestó que tuvo contactos físicos no autorizados en el cuerpo por parte de su pareja, o bien que ha sido presionada para tener relaciones sexuales (Botello, 2006).

Según los resultados de un trabajo realizado en refugios para mujeres maltratadas en el Distrito Federal, nueve de cada 10 aseguró haber tenido una relación de noviazgo violenta. En este caso, sin embargo, es necesario no perder de vista que el grupo de mujeres entrevistadas posee características muy particulares, que impiden tomarlas como representativas de las muje-

² En otros trabajos hemos dado cuenta de la ruta seguida por la investigación en esta materia en México y en América Latina. Véase, en particular, Castro, 2004; y Castro y Riquer, 2003.

³ La violencia entre adolescentes puede ser algo de lo que no se habla. Los datos existentes en diversos países sugieren que el problema puede ser más prevalente de lo que se sospecha (Scheiman & M. Zeoli, 2003).

res de la Ciudad de México⁴. Por fuentes indirectas se conocen otros estudios realizados entre adolescentes en San Luis Potosí y en Monterrey⁵. Pero, salvo en estos casos, no contamos con datos publicados, procesados estadísticamente, que nos permitan tener una idea más sistemática sobre la magnitud y variables asociadas a este problema.

En cambio, en otros países, particularmente los del mundo anglosajón, la investigación sobre violencia durante el noviazgo en jóvenes adolescentes ha avanzado mucho. La mención de estas investigaciones no pretende revisar la literatura del tema de forma exhaustiva, sino únicamente reseñar los avances más significativos desde la perspectiva de nuestro estudio.

En una de las primeras investigaciones en la materia con orientación sociológica (Richards, 1991), se encontró una asociación entre los niveles de riesgo de violencia de pareja entre adolescentes y las actitudes y valores machistas de sus parejas, que se suponían expresión de un orden *patriarcal*. Otros estudios han mostrado que las madres adolescentes tienen más riesgo de sufrir violencia de pareja que las madres de mayor edad, lo que indica la mayor vulnerabilidad de este grupo a este tipo de violencia (Gessner & Perham-Hester, 1998).

Los datos que afirman que la prevalencia de violencia entre adolescentes es mayor en comparación con la de los adultos ha generado controversia. Se ha objetado, por ejemplo, que los adolescentes y jóvenes reportan más violencia porque tienen un concepto más amplio y mejor informado sobre este problema, sin que esto signifique, necesariamente, que este hecho se dé más entre ellos en comparación con otros grupos de edad (Piispa, 2004). Sostenemos, sin embargo, que perfectamente puede argumentarse lo contrario: la inexperiencia en la vida y la falta de madurez impide a las adolescentes identificar muchas formas de violencia que viven con sus parejas, y que las confundan con “amor”, llegando incluso a sentir que la violencia es una expresión del grado de vinculación que guardan los novios para con ellas (Johnson *et al.*, 2005). Ello estaría asociado a la falta de experiencia en esa etapa de la vida, caracterizada por el despertar de los sentimientos erótico-afectivos.

Otro punto de controversia se refiere al carácter supuestamente recíproco de la violencia en las relaciones de noviazgo entre las y los adolescentes y las y los jóvenes. Si bien algunos estudios muestran que las conductas agre-

⁴ Diversas fuentes han documentado la alta correlación que existe entre violencia de pareja y otras formas de violencia experimentadas en el pasado, incluyendo la violencia durante el noviazgo (Malik *et al.*, 1997). En el caso de mujeres atendidas en refugios, es decir, que han estado expuestas a formas muy severas de violencia, no sorprende que la variable violencia durante el noviazgo sea casi una constante. De ahí la alta proporción de casos reportados. (Véase: http://www.inmujer.df.gob.mx/tem_interes/ponencias/amores_sinviolencia.html).

⁵ Esperanza Tuñón, El Colegio de la Frontera Sur, comunicación personal.

sivas pueden ser bidireccionales –en algunos casos, de hecho, sin ninguna diferencia contra las mujeres (Capaldi & Owen, 2001; Halpern *et al.*, 2001)– sostenemos que se trata de fenómenos no equiparables por dos razones. Primero, porque los daños a la salud siempre son mayores en las mujeres que en los hombres que sufren violencia por parte de su pareja. Segundo, y tan importante como lo anterior, porque los “aprendizajes” que derivan mujeres y varones de la violencia en la pareja son completamente diferentes, pues se orientan a consolidar a cada uno en su rol esperado: los hombres en su papel de agentes que ejercen y se benefician de la dominación, y las mujeres en el de agentes sumisas y conformistas con la inequidad de género.

Según una encuesta nacional sobre adolescentes realizada en Estados Unidos, 30 por ciento de ellas presentó alguna forma de violencia psicológica o física *menor* en sus relaciones de pareja. Los autores estiman, sin embargo, que este porcentaje “relativamente bajo” se incrementaría si se añadieran más preguntas sobre violencia en el cuestionario utilizado, pues les permitiría identificar otras formas de violencia, algunas de ellas más sutiles –como las conductas de control y vigilancia–, que suelen vivir sin darse cuenta que lo son (Halpern *et al.*, 2001).

Por otra parte, resulta muy importante identificar las asociaciones que se reportan en la literatura especializada entre la violencia durante el noviazgo y otros factores. El riesgo de sufrir violencia durante la adolescencia no parece relacionarse con la edad de la pareja; es decir, el riesgo es igual para adolescentes cuya pareja es de su edad o mayor (Harner, 2004).

Sin embargo, como ya señalamos, se ha documentado que en la población adolescente la exposición a un tipo de violencia, por ejemplo, violencia social, se asocia a la exposición de violencia en el noviazgo (Malik *et al.*, 1997). De la misma manera, existen evidencias de que la violencia en la infancia tiene consecuencias tanto en la adolescencia como en el tipo de relaciones que se establecen a esta edad, las cuales tienen un alto riesgo de ser también relaciones con violencia. De hecho, en otros países se han ensayado ya diversas intervenciones encaminadas a disminuir estos efectos (Henderson & Jackson, 2004).



Otra investigación demostró que la existencia de antecedentes de uso de drogas fue más frecuente entre adolescentes que padecieron violencia durante el embarazo por parte de los padres de su bebé, que entre quienes no la sufrieron. Las adolescentes embarazadas que son objeto de violencia por parte de sus parejas regularmente, al parecer viven en ambientes más orientados a la violencia y tienen parejas que tienden más al uso de drogas (Wiemann *et al.*, 2000).

La sexualidad es una de las áreas más asociadas significativamente –y, a veces, de manera enigmática– con la violencia durante el noviazgo. Según los hallazgos de varios estudios, existe una correlación positiva entre mayor número de parejas (más experiencia) y el riesgo de sufrir violencia (Halpern *et al.*, 2001). En otro análisis, se encontró que las relaciones sexuales preceden a la violencia durante el noviazgo en la adolescencia (Kaestle & Halpern, 2005), es decir, que las parejas de adolescentes que presentan violencia tienen más probabilidad de contar con antecedentes de actividad sexual que las que no han sufrido este tipo de violencia. Sin embargo, por la naturaleza de esta asociación, ésta sigue en búsqueda de una mejor clarificación.

La maduración física temprana en la pubertad se ha identificado como un factor de riesgo de la violencia de pareja en la adolescencia. Las jóvenes más desarrolladas físicamente tienen más riesgo de sufrir violencia que las de su misma edad, pero menos desarrolladas. Ello se debe a que su desarrollo físico las expone a ser agredidas como mujeres, y sin embargo, no

cuentan con el desarrollo psicológico y emocional de una mujer adulta para lidiar con estas dificultades (Foster *et al.*, 2004).

Un área estrechamente asociada con la sexualidad es la de la salud sexual y reproductiva. De acuerdo con un estudio de Curry y otros (1998), un tercio de la población adolescente reportó haber sufrido abuso físico por parte de su pareja durante el año previo y/o durante el embarazo, con consecuencias para su salud ginecológica.

Una investigación en Vermont demostró que la violencia física en el noviazgo se asocia con el riesgo de embarazos no deseados; del mismo modo, la violencia psicológica y/o abuso verbal se asocia con una disminución en el uso del condón entre mujeres adolescentes sexualmente experimentadas (Roberts *et al.*, 2005). De hecho, la violencia contra mujeres adolescentes durante el parto y posparto ha sido bien documentada, lo que evidencia una conexión entre vida sexual, vida reproductiva y violencia (Harrykisson *et al.*, 2002; Renker, 2002).

En síntesis, la violencia durante las relaciones de noviazgo en la adolescencia constituye un complejo problema social con múltiples ramificaciones en diversas áreas de la vida. La vinculación de la violencia con diversas variables no siempre ha sido esclarecida, si bien es evidente que se trata de un fenómeno con repercusiones en la vida de mujeres y hombres. De aquí el imperativo para profundizar en el conocimiento de este tema, máxime en países como el nuestro, donde permanece prácticamente inexplorado.





Conceptos básicos para el estudio de la violencia durante el noviazgo

La violencia contra las mujeres constituye una expresión extrema de la dominación masculina. La investigación social al respecto muestra que sus orígenes se hallan en la desigualdad de género y en el sistema de sexo-género, que se construye a partir de aquella y que podemos llamar *patriarcado* (Fox, 1988; Brabant, 1988; Edwards, 1980). Nos referimos a una estructura de dominación que se sustenta en formas de violencia que son clasificables de acuerdo con un *continuum*, en uno de cuyos extremos se ubican las formas más brutales y burdas, como la violencia física y la sexual, y en el otro las formas más sutiles –y con frecuencia más eficaces para la perpetuación de la opresión– como la violencia simbólica (Bourdieu, 2000).

La desigualdad de género y la opresión que se le asocia se basan en estructuras materiales objetivas –la desigualdad en el salario entre hombres y mujeres, la discriminación laboral, por mencionar sólo unos ejemplos– que expresan las *posiciones* de mujeres y hombres en diversos campos (artístico, económico, jurídico, médico, etc.). La internalización de tales estructuras, su incorporación como parte de la subjetividad, se traduce en *disposiciones*, el conjunto de las cuales se expresa en una forma específica de percibir el mundo, de apreciarlo y de andar por él. Al conjunto de estas disposiciones le llamamos *habitus* (Bourdieu, 1991).

Lo anterior significa que una estructura social *patriarcal* produce *habitus* que le son acordes, es decir, subjetividades masculinas y femeninas que descansan en la internalización de la desigualdad de género, en su naturalización –es decir, en su construcción como una realidad no-problemática– y en su perpetuación mediante prácticas sociales coherentes con dicho sistema.

Las prácticas de dominación y subordinación son expresión de esa subjetividad. Y por lo tanto, también lo son las predisposiciones socialmente adquiridas que desembocan en la violencia de pareja, así como los esquemas de percepción y apreciación que los individuos ponen en juego para dar cuenta –esto es, para interpretar, para atribuir sentido– de dicho fenómeno (Smith, 1990). Es posible que no toda la violencia de pareja esté sustentada en una ideología patriarcal internalizada por los individuos, tal como lo sugiere un vasto cúmulo de investigación reciente (Johnson, 1995), sino también por otros elementos, como roces y fricciones simples y del orden común.

Con todo, es indiscutible que una proporción importante de la misma sí lo está, lo que refrenda la necesidad de estudiar sociológicamente las características de esta forma de violencia.

Sólo las mujeres pueden embarazarse, parir y amamantar, en virtud de su constitución biológica, pero esta capacidad natural no es la causa de la manera en que se comportan hombres y mujeres en la sociedad. Muchos aspectos del comportamiento de las personas más bien están ligados a una serie de *creencias* y *prácticas* que tienen su origen en la incorporación que hacen los actores de las estructuras y ordenamientos más regulares de la sociedad, que a su vez son constitutivos de lo que significa ser mujer y ser hombre. Es esta visión del mundo lo que nos hace dar por sentado que las mujeres son *emocionales* y los hombres *racionales*; o que a las mujeres les corresponde “por naturaleza” las tareas de la casa y a los hombres el trabajo fuera de la misma; o que los hombres merecen ser atendidos por las mujeres en todos los ámbitos de la vida, comenzando por el hogar. Es a este tipo de situaciones a las que se hace referencia con la categoría de *habitus genérico*: al conjunto de nociones, creencias y suposiciones acerca de lo que son las mujeres y los hombres, y a las prácticas que se derivan de esa manera de ver las cosas y que a su vez reproducen aquellas creencias; prácticas que se traducen básicamente en una serie de privilegios para los hombres⁶ y de desventajas para las mujeres; prácticas, finalmente, que son resultado del encuentro entre una subjetividad que incorpora las estructuras objetivas –*habitus*– y un *campo* de relaciones entre los sexos regulado por un conjunto de estructuras inequitativas que oprimen a las mujeres.

Dentro de las diversas formas de dominación, la *simbólica* es la más acabada y contundente, pues supone la plena internalización que los dominados hacen de la visión del mundo (normas, valores y lenguaje) de los dominantes, y la concomitante *colaboración* que ofrecen para perpetuar el orden que los oprime⁷ (Bourdieu, 1991). Por ejemplo, una investigación en Inglaterra mostró que algunas mujeres violadas describían el abuso al que habían sido sometidas utilizando el lenguaje del agresor: “el me *amó* a la fuerza”, decían (Kitzinger, 1992). O bien el silencio por el que optan las adolescentes, de acuerdo con la encuesta “Amor... es sin violencia” del Gobierno del Distrito Federal, mencionada anteriormente, es en sí mismo un ejemplo de sumisión, una expresión de un entrenamiento para *colaborar* de acuerdo con lo esperado: las adolescentes que seleccionan el silencio “eligen” hacer lo que

⁶ Desde luego, se trata de *privilegios* que no están exentos de serios costos también para los varones.

⁷ Como señala Bourdieu (2000), al hablar de la *cooperación* de las mujeres en el sostenimiento de la dominación masculina, corremos el riesgo de ser malinterpretados y acusados de justificar el actual estado de cosas. Nada más ajeno de nuestra intención. Pero sería poco serio tratar de eludir este riesgo al precio de empobrecer dramáticamente la teorización que nos ofrece el concepto de *dominación simbólica* sobre el tema..

también se les impone: someterse, callar, evitar hacer algo que pueda molestar a la pareja. Se trata de ejemplos de dominación simbólica, donde las oprimidas no aciertan sino a referirse a sí mismas y a sus circunstancias con un lenguaje que también les ha sido impuesto y que denota y refuerza su condición de sometidas.

Al examinar este problema, encontramos que la dominación simbólica de las mujeres es más profunda de lo que podría sospecharse en un principio, lo que refuerza la hipótesis de que es, en efecto, constitutiva del orden social vigente. Así, las desigualdades de poder entre mujeres y hombres no sólo han sido legitimadas, sino incluso *erotizadas*: de ahí que tantas mujeres prefieran “genuinamente” a hombres más altos, más fuertes, de más edad, con más educación, con más ingresos y con más experiencia que ellas. La dominación simbólica se expresa en el hecho ineluctable de que la desigualdad de género ha sido convertida en un ideal romántico (Bem, 1993). Las mujeres buscan parejas que exhiban la mayor cantidad posible de esas etiquetas masculinas de prestigio porque estos códigos de sumisión, frente a esas etiquetas, han sido inscritos exitosamente en su subjetividad por el sistema de dominación patriarcal.

En el caso de las estudiantes adolescentes (aunque no sólo entre ellas), ocurre a veces que una manera de volverse “encantadoras” frente a los varones es fingiendo que necesitan su ayuda o que dependen de ellos para entender las materias “difíciles” como, por ejemplo, las matemáticas o la química. Es decir, su “encanto femenino”, su capacidad de atraer a los hombres, descansa justamente en el refrendo de su aparente inferioridad y condición subalterna frente a ellos. Pero más aún, una mujer que no logra conseguirse una pareja más alta que ella, o más fuerte, o con mejores ingresos, o con más prestigio, corre el riesgo de ser desacreditada socialmente en tanto que pasaría como una mujer insuficientemente atractiva o valiosa como para encontrar una pareja de acuerdo con los estándares establecidos (Bourdieu, 2000). Las consecuencias de este hallazgo son enormes: la violencia en la pareja surge de la desigualdad de poder. Pero esa desigualdad, a la vez, es *fundante* de la dignidad de la mujer y del hombre en la pareja. Se trata de una contradicción de primer orden que explica en buena medida la *cooperación* que exhiben las mujeres en el sostenimiento de la dominación a la que están sometidas. La dominación masculina, sostiene Bourdieu, es la forma paradigmática de la violencia simbólica (Bourdieu y Wacquant, 1995: 120).

Para esta investigación de violencia durante el noviazgo, estos fundamentos son de central importancia. Si es correcta la hipótesis de que en el campo de las relaciones de género las estructuras de dominación que las caracterizan son internalizadas por los actores a través de sus prácticas, hasta constituirse en sus *habitus*, entonces es indispensable realizar investigación que permita caracterizar en sus fases tempranas tales procesos de



incorporación subjetiva. Es decir, se requiere realizar investigación que nos permita identificar los mecanismos mediante los cuales los adolescentes y los jóvenes establecen prácticas jerárquicas de relación entre los sexos en el noviazgo y, sobre todo, la frecuencia con que tales jerarquías están ya incorporadas en la visión del mundo de estos actores sociales.

Para esta investigación, además de los conceptos anteriores, habrá que tener en cuenta que hoy en día las y los adolescentes distinguen entre tener “novio” o “free”. Las relaciones de noviazgo responden a la visión convencional en la que los novios se enamoran, se quieren y construyen gradualmente un vínculo erótico-afectivo en el que impera la regla de la fidelidad mutua. Las relaciones entre “frees”, en cambio, se refieren a vínculos abiertos que las y los adolescentes establecen entre sí de común acuerdo. El objetivo reconocido de estas relaciones es la constitución de un espacio erótico donde cada parte reconoce que el otro es “un(a) amigo(a) con derechos”; derechos que se refieren básicamente a besos, caricias, “faje” y, eventualmente, relaciones sexuales. Cada pareja de “frees” decide de común acuerdo –o descubre sobre la marcha por la vía de la experiencia– el contenido de los derechos que se reconocen mutuamente. Dada esta realidad, en la elaboración de esta investigación se optó por tomar en cuenta ambas dimensiones (novios y “frees”).





Relevancia de una investigación sobre violencia en el noviazgo

La violencia contra las mujeres en las relaciones de noviazgo constituye un campo de indagación por demás estratégico, pues en los jóvenes es posible apreciar con claridad la socio-génesis de prácticas de desigualdad basadas en el género –esto es, el desarrollo de percepciones y prácticas jerarquizadas genéricamente, y cuya consolidación será crucial para la reproducción del sistema patriarcal del cual derivan (Schissel, 1997).

En otras palabras: es posible rastrear en las parejas de jóvenes, y en particular en las relaciones de noviazgo en adolescentes y jóvenes, el inicio, el desarrollo y la consolidación de mecanismos y prácticas de opresión y subordinación, incluyendo diversas formas de violencia y control que, de no ser cuestionadas y transformadas oportunamente, podrían funcionar para el resto de la vida (DeKeseredy y Nelly, 1993). De ahí la extrema relevancia de hacer investigaciones sobre el problema de la violencia en este grupo de población, pues la información derivada de ello puede resultar fundamental en al menos dos sentidos. Primero, en tanto que dicha información puede dar pauta a la implementación de programas de intervención y apoyo a las adolescentes que sufren violencia con sus novios y “frees”, que les permitan detener el abuso y, eventualmente, salir del ciclo de violencia y opresión en que se encuentran. Y segundo, en tanto que la misma información podría generar un mejor conocimiento de los mecanismos sociales que facilitan el desarrollo de los *habitus* de dominación y sumisión, de una serie de *predisposiciones* de familiaridad para con la violencia, bien se trate de una familiaridad pasiva que se presenta en forma de tolerancia, o bien de una familiaridad activa, expresada como el uso y ejercicio de la violencia y de diversas conductas de control.

Durante la realización de este proyecto nos ha movido la convicción de que es urgente investigar tanto las formas, la frecuencia y la severidad que adquiere la violencia en el noviazgo, como las variables que se le asocian, pero enfocándonos tanto en los niveles de *autonomía* (Santiago, 2005) y *empoderamiento* de las adolescentes (Casique, 2004), como en los *mecanismos de contra-empoderamiento* (Castro, 2004), es decir, en aquellas expresiones de la dominación masculina que sin ser propiamente formas de violencia física o sexual, sí constituyen el inicio de prácticas de desigualdad y dominación que eventualmente con el paso del tiempo, pueden llegar a formar parte de la subjetividad, del *habitus* de mujeres y hombres.

Desde el comienzo de este proyecto tuvimos claro que la investigación en esta materia debe hacerse explorando la existencia y, en su caso, la naturaleza de los mecanismos de *control* (Stets, 1995) a los que las adolescentes pueden estar ya sujetas en el marco de sus relaciones de noviazgo. Estos conceptos –autonomía, empoderamiento, mecanismos de contra-empoderamiento, y control– fueron definidos como centrales para estudiar el balance de poder –la equidad– existente en las relaciones de noviazgo (Kollock, Blumstein, Schwartz, 1994) y su asociación con la violencia.

Por ello, optamos por enfocarnos en ambas vertientes: tanto en la frecuencia y severidad de las diversas formas de violencia que pueden sufrirse en el noviazgo, como en el desarrollo de mecanismos de poder, control y sometimiento que pueden estar marcando ya tales relaciones. Como veremos, la información que hemos generado puede servir para implementar programas de intervención y apoyo a adolescentes que se encuentren en situaciones de violencia con sus parejas, así como para desarrollar programas de prevención que promuevan una cultura de la equidad entre mujeres y hombres desde la adolescencia.



Preguntas de investigación y clasificación de variables

Este proyecto de investigación busca responder a tres preguntas fundamentales:

- a) ¿Cuál es la *prevalencia* de las diversas formas de violencia (emocional, física, sexual y económica) durante el noviazgo, entre las estudiantes de bachillerato y preparatoria en planteles de diversas entidades del país?
- b) ¿Cuáles son los grados de *severidad* de estas formas de violencia?
- c) ¿Cuáles son las principales variables asociadas a estas formas de violencia?

Para responder estas preguntas, el diseño de esta investigación se basó en dos tipos de variables: a) variables dependientes, y b) variables independientes. Las variables *dependientes* son las que constituyen el núcleo mismo de la investigación, esto es, las cuatro formas de violencia –emocional, física, sexual y económica– cuya existencia y magnitud se desea determinar. Las variables *independientes* son las que, de acuerdo con el estado del conocimiento actual, están hipotéticamente asociadas al origen de las diversas formas de violencia y cuya vinculación, en esa calidad, se busca probar empíricamente. De particular importancia entre estas últimas, son las variables que expresan no los atributos individuales de las entrevistadas, sino algunas características de sus vínculos, tanto de las familias con las que viven, como las de su noviazgo. Dada la naturaleza netamente interaccional de la violencia de pareja, se presume aquí que una mayor información sobre el carácter de las interacciones de las entrevistadas con sus familias y con sus novios, puede ser muy importante para explicar mejor el problema de la violencia.

Esta clasificación de las variables en dos grupos de acuerdo con su naturaleza, responde a una *lógica conceptual* que nos dejó anticipar el uso analítico que se le daría a cada una. Desde esta perspectiva lo que importaba era que el diseño de la investigación nos permitiera conocer cuáles son las principales características de la violencia en el noviazgo (en términos de prevalencia y severidad), y las principales variables que la determinan. El diseño, por tanto, debía ser consistente con el estado actual de la investigación sobre violencia en el noviazgo, tal como se reporta en la literatura nacional e internacional (Jonson, 2006; Halpern *et al.*, 2001).

En contraste, el diseño del cuestionario responde a una *lógica práctica*, que nos permite asegurar que el cuestionario autoaplicado sea percibido como un documento congruente, consistente, y desarrollado conforme a una secuencia natural de preguntas. Por tanto, debe esperarse que el diseño del cuestionario responda a cabalidad al diseño conceptual de la investigación, pero no que el orden de las preguntas del cuestionario siga una secuencia derivada mecánicamente de la estructura lógica del diseño conceptual. Al contrario: el cuestionario debe seguir la secuencia que mejor garantice su correcto llenado mediante la autoaplicación.

En lo que sigue analizaremos con mayor detalle los contenidos de los dos grupos de variables mencionados anteriormente. El Cuadro 1 muestra el ordenamiento conceptual que siguen las variables seleccionadas para esta investigación. Puede apreciarse ahí que las variables pueden ser agrupadas en dimensiones, y que éstas, a su vez, se agrupan en áreas (columna del extremo izquierdo). Al mismo tiempo, el Cuadro 1 muestra el número de pregunta específica en el cuestionario que corresponde a cada variable seleccionada (columna del extremo derecho). La numeración de las preguntas en esta columna no sigue un orden ascendente uniforme precisamente por lo que mencionábamos más arriba, en el sentido de que la lógica del diseño conceptual y la lógica del diseño del cuestionario responden a necesidades diferentes.

El Cuadro 1 permite apreciar la ubicación conceptual de cada pregunta y entender la razón de ser de cada una de las preguntas del cuestionario, al facilitar su localización dentro del mapa de áreas, de las dimensiones y variables que la sustentan.

Las preguntas específicas seleccionadas para esta investigación derivan de varias fuentes: por una parte algunas han sido tomadas de la validación en español realizada por Hokoda *et al.* (2006) del Inventario de

Conflictos en las Relaciones de Noviazgo entre Adolescentes (CADRI, por sus siglas en inglés). Otras derivan de los trabajos de Rivera *et al.* (2006a y 2006b). Y algunas más han sido sugeridas por algunas integrantes del equipo de trabajo del INMUJERES que iniciaron este proyecto a partir de la realización de grupos focales con adolescentes. En todo caso, el diseño de este instrumento se apoya en una detallada revisión de la literatura científica existente sobre el tema, la cual iremos citando cuando así se requiera.

4.1 Variables dependientes

Las formas de violencia durante el noviazgo que interesa explorar en esta investigación corresponden a los cuatro tipos que han sido escrutados anteriormente en México –violencia emocional, física, sexual y económica–, en investigaciones realizadas por el propio INMUJERES, como la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003. De hecho, las definiciones que siguen están tomadas del trabajo conceptual realizado para aquella encuesta (Castro, Ríquer y Medina 2004:18). En esta investigación, estas cuatro variables se exploran a través de 38 preguntas específicas.

a) Violencia emocional

La *violencia emocional* se refiere a aquellas formas de agresión que no inciden directamente en el cuerpo de la mujer pero sí en su *psique*. Se incluyen aquí prohibiciones, coacciones, condicionamientos, insultos, amenazas, intimidaciones, humillaciones, burlas, actitudes devaluatorias y de abandono, y conductas de acoso y control. Como se aprecia en el Cuadro 1, utilizamos 19 reactivos para explorar esta forma de violencia (preguntas 7.01 a 7.19).

b) Violencia física

La *violencia física* se refiere a todo acto de agresión intencional hacia alguna parte del cuerpo de la mujer, con algún objeto, arma o sustancia para sujetar, inmovilizar o causar daño a la integridad física de la mujer agredida, lo que traduce un daño, o un intento de daño, permanente o temporal de parte del agresor sobre el cuerpo de ella. En el Cuadro 1 se indica que para esta investigación se utilizaron 12 reactivos (preguntas 7.20 a 7.31).

c) Violencia sexual

La *violencia sexual* es toda forma de conducta consistente en actos u omisiones ocasionales o reiteradas y cuyas formas de expresión incluyen: inducir a la realización de prácticas sexuales no deseadas o que generen dolor, practicar la celotipia para el control, manipulación o dominio de la mujer y que generen un daño. Estas formas de coerción abarcan desde la fuerza física hasta el chantaje emocional. En el Cuadro 1 se aprecia la utilización de cuatro reactivos (preguntas 7.32 a 7.35).

d) Violencia económica

Finalmente, la *violencia económica* en el noviazgo se refiere a aquellas formas de control que los hombres ejercen sobre las mujeres, basadas en el manejo inequitativo de los recursos económicos de que disponen ambos, o bien, en la prohibición por parte del varón de que la mujer realice actividades remuneradas o de superación personal. En el Cuadro 1 se aprecia que para esta investigación se emplean solamente dos reactivos (preguntas 7.36 y 7.37).

De estas cuatro variables nos interesa determinar su *prevalencia* y su *severidad*. Para el rubro de la violencia emocional, decidimos que el criterio adoptado para medir la prevalencia sería que se cumpla la condición de

que se haya reportado al menos dos ítems una vez, o un ítem varias veces o muchas veces. Para las restantes formas de violencia (física, sexual y económica), se determinó que bastaría con que se haya reportado un ítem una vez para considerarlo como caso.

Hemos buscado determinar la *severidad* apoyándonos en experiencias exitosas previas (Castro, Ríquer y Medina, 2004). Por ello, decidimos que la severidad puede determinarse construyendo un índice aditivo donde: Nunca = 0, Una vez = 1; Varias veces = 2, y Muchas veces = 3, y realizando la sumatoria de puntos para cada ítem. Sin embargo, como mencionamos brevemente al final del libro, los datos para severidad no resultaron adecuados, por lo que dejamos sin explorar esta vertiente.

4.2 Variables independientes

En este estudio hemos identificado 47 variables independientes, investigadas a través de múltiples preguntas. El Cuadro 1 permite apreciar que tales variables se agrupan en seis *áreas*, mismas que a su vez se desglosan en varias *dimensiones*.

La *primer área* se refiere a la ubicación de las entrevistadas en términos del campus donde se encuentran, del sistema (Bachillerato SEP o Preparatoria UNAM) en el que están inscritas, y del semestre que cursan actualmente.

La *segunda área* se refiere a los datos sociodemográficos de las entrevistadas (Malik, *et al.* 1997). Esta área, a su vez, se subdivide en *tres dimensiones*: datos generales, datos socioeconómicos y condición de ocupación. La dimensión de datos generales incluye las variables edad, estado conyugal y persona con la que vive. La dimensión datos socioeconómicos fue pensada para construir un índice socioeconómico de las entrevistadas que

permitiera diferenciarlas en dos o tres estratos. Partimos de la base de que la población estudiantil en la que se aplicó la encuesta es relativamente homogénea; sin embargo, a partir de nuestra experiencia previa en estratificación de poblaciones homogéneas (Bronfman, *et al.*, 1988), sabemos que un ejercicio analítico de *deshomogeneización* de la población puede brindar resultados muy relevantes para la mejor explicación del problema de la violencia en el noviazgo. Esta dimensión incluye las siguientes variables: existencia de beca (para la alumna) y porcentaje, tipo de tenencia de la casa donde vive (propiedad de los padres, rentada, prestada, etc.), número de personas con las que vive, número de cuartos en su vivienda que se usan para dormir, cantidad de autos particulares existentes en la casa donde vive, medio de transporte usualmente utilizado por la alumna para ir a la escuela, y si alguna de las personas con las que vive pertenece o es usuaria de un club deportivo privado. Sin embargo, como se detalla en el Anexo I, este esfuerzo de categorización por nivel socioeconómico no resultó como se esperaba.

La dimensión de condición de ocupación incluye las variables condición de ocupación de la entrevistada y antigüedad en la misma. El objetivo de esta dimensión es determinar si la alumna posee algún tipo de inserción en el mercado laboral que le reditúe ingresos monetarios y, en su caso, el tiempo que lleva en esta condición.

La *tercer área* se refiere a diversos tipos de hábitos de la entrevistada, a fin de apreciar si ésta sigue un estilo de vida saludable (Richards, 1991). La presunción general aquí es que la violencia en el noviazgo puede estar asociada a estilos de vida poco saludables, mismos que se estarían reflejando a través de las variables propuestas. Esta área consta de *cuatro dimensiones*, la primera de las cuales se refiere al tabaquismo (las variables correspondientes exploran si la entrevistada fuma y, en su caso, cuántos cigarrillos al día). La segunda versa sobre el consumo de alcohol y, en su caso, la cantidad de consumo diario. La tercera dimensión se refiere al

uso de estupefacientes, cuyas variables se enfocan a la condición de uso, el lugar donde se usaron por primera vez, y la fecha en que se utilizaron la última vez. La cuarta dimensión aborda el hábito de hacer ejercicio físico, y simplemente incluye una variable que explora si se practica o no esta actividad.

La *cuarta área* se refiere al ejercicio de la sexualidad de la entrevistada. Este aspecto importa en tanto que la sexualidad es un objeto de *negociación* por excelencia entre mujeres y hombres y constituye, por tanto, un espacio privilegiado de observación del balance de poder entre las parejas. Las preguntas que se han seleccionado para esta dimensión, en particular las relacionadas con el uso de métodos anticonceptivos, no buscan explorar preferencias de uso ni accesibilidad a los métodos, ni tampoco las cuestiones típicas que se consideran en las investigaciones sobre planificación familiar. Aquí interesa únicamente observar los patrones de negociación y/o de imposición que las entrevistadas viven con sus parejas en relación con la sexualidad, de manera que podamos obtener información que permita construir las variables de *autonomía sexual* y *empoderamiento* (índice de poder de decisión). Esta dimensión, por tanto, se compone de *tres dimensiones*, la primera de las cuales hace referencia a la condición de actividad sexual e incluye dos variables: si ha tenido relaciones sexuales y la frecuencia con que las tuvo durante los últimos tres meses. La segunda dimensión versa sobre la iniciación sexual, y abarca dos variables que se refieren a la persona con quien tuvo relaciones la primera vez y la edad que tenía cuando se inició sexualmente. La tercera se relaciona con el uso de métodos anticonceptivos y consta de sólo una variable.

La *quinta área* aborda la vida reproductiva de la entrevistada e incluye *tres dimensiones*. La primera de ellas, que se refiere a los embarazos, consta de tres variables que exploran si la entrevistada ha estado embarazada alguna vez, el número de embarazos y la edad que tenía en el primer embarazo. La segunda dimensión aborda la fecundidad de la entrevistada e incluye

una sola variable acerca del número de hijos que tiene. La tercera dimensión alude a la existencia de abortos espontáneos e inducidos e incluye sendas preguntas para estas variables (Roberts, Auinger & Klein 2005).

La *sexta área* se refiere a la situación de pareja y abarca *tres dimensiones*. La primera alude a la pareja previa (para quienes no tienen pareja actualmente), y contempla tres variables: si anteriormente tuvo novios o "frees", cuántos, y el tiempo transcurrido desde que terminó con el último. La segunda se refiere a la pareja actual y, al igual que la anterior, se toma en cuenta si tiene o no novio o "free" en la actualidad, desde hace cuánto tiempo, y con quién platica acerca de él. Finalmente, la tercera dimensión se centra en las características del novio o "free", esto es, edad, escolaridad y ocupación.

Finalmente, en esta investigación hemos incluido un grupo más de variables independientes, que sabemos pueden jugar un papel central en la explicación de la violencia. Por una parte, aquellas relacionadas con otras formas de violencia intrafamiliar, que puede estar co-ocurriendo junto con la violencia en el noviazgo, y por otra, las relacionadas con el grado de autonomía personal de las estudiantes, particularmente en relación con su novio o "free".

Las preguntas sobre violencia intrafamiliar se refieren a la violencia que la entrevistada puede estar atestiguando o sufriendo directamente en su contexto familiar. Las preguntas exploran si existe violencia física y/o emocional entre sus padres, de sus padres contra ella, de sus padres contra sus hermanos, y de sus hermanos entre sí. Como se ha demostrado reiteradamente en la literatura, la existencia de contextos familiares donde hay violencia suele asociarse a un mayor riesgo de sufrir violencia en la propia relación de pareja (Edleson, 1999; Markowitz 2001; Giant & Vartanian, 2003; Langhinrichsen-Rohling, Hankla, & Stormberg, 2004).

Las preguntas sobre el grado de autonomía personal de la entrevistada se apoyan en la investigación sociológica reciente sobre la naturaleza de las estructuras de género, donde se ha desarrollado una amplia línea de exploración en torno a la autonomía de las mujeres. Se trata de un vasto campo de indagación, no exento de problemas conceptuales y metodológicos (Santiago, 2005). Con todo la investigación ha mostrado que los niveles de autonomía y poder de decisión de las mujeres varían dependiendo de arreglos estructurales a nivel macrosocial (López-Claros y Zahidi, 2005), y que dichas variaciones de poder, a su vez, tienen claros efectos en cuestiones tales como el nivel de violencia que experimentan las mujeres en sus relaciones de pareja, o el nivel de salud sexual y reproductiva en su vida personal (Blanc, 2001; Babcock *et al.*, 1993; McClaskey, 1996).

Este enfoque analítico comenzó a desarrollarse promisoriamente en nuestro país desde hace algunos años (Oropesa, 1997). Recientemente, la investigación en esta línea avanzó en dos direcciones importantes. Por una parte, los trabajos de Casique (2004) han permitido desarrollar y consolidar una metodología de medición y análisis de los niveles de poder de decisión y autonomía de las mujeres y su asociación con la violencia. Dicha metodología ha sido aplicada exitosamente en el análisis de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003, ENDI-REH (Castro, Riquer y Medina, 2004), así como en trabajos subsecuentes derivados de esa misma fuente de información (Castro, Casique & Brindis, 2005). Por otra parte, Castro (2004) ha propuesto que tan importantes como el empoderamiento son los mecanismos de contra-empoderamiento, que se definen como la serie de dispositivos sociales que se estructuran por vía interaccional y que contribuyen a minar de manera sistemática los esfuerzos de autonomía, independencia y control de la vida de las mujeres (Castro, 2004:259).

En esta investigación, las variables relacionadas con el área de autonomía de la mujer y con los mecanismos de contra-empoderamiento (esto es,

conductas del novio o “free” que buscan *controlar* de diversas maneras a sus parejas), pretenden retomar estas líneas de indagación y someter sus postulados de nuevo a prueba. Esta área consta de cuatro dimensiones: la primera explora la autonomía sexual con respecto al novio o “free”, e indaga quién decide sobre el tipo de actividad sexual a practicar entre ambos, la frecuencia de las relaciones, si utiliza o no anticonceptivos, qué tipo de anticonceptivos, y quién, en su caso, debe usarlos.

La segunda dimensión analiza la autonomía de la mujer en la relación de pareja actual. Se exploran ahí variables como quién decide qué caricias se pueden dar, si tienen o no relaciones sexuales, con qué frecuencia verse, qué hacer o adónde ir cuando se ven, qué ropa puede usar ella y cuál no, qué amigos y amigas, y qué familiares puede frecuentar ella y cuáles no, qué puede hacer ella en su tiempo libre, y finalmente quién decide si ella puede/debe ir a clases o faltar a las mismas.

La tercera dimensión se refiere a la autonomía de la entrevistada en el futuro, si llegara a casarse con su novio actual. Se trata de un ejercicio proyectivo en el que se asume que la entrevistada puede anticipar, con base en la información de que dispone en este momento acerca de su pareja, cómo sería su autonomía de casada en un futuro. Esta información, naturalmente, es otra forma de caracterizar su relación actual, así como de discernir potenciales mecanismos de contra-empoderamiento y/o de control ya vi-

gentes en su relación actual (Stets & Pirog-Good, 1987). Se incluyen aquí cuatro variables como: quién decidiría si ella podría trabajar ya de casada, si podría estudiar, cuántos hijos tener, y dónde vivir.

Finalmente, la cuarta dimensión alude a lo que hemos denominado ideología de roles de género. Se trata de nueve variables que exploran la opinión de las entrevistadas acerca de posibles derechos y deberes de las mujeres, así como de eventuales jerarquías que pueden regular las relaciones entre hombres y mujeres. Tales variables incluyen el supuesto deber de las mujeres de obedecer a los hombres, o de las mujeres casadas de tener relaciones con sus esposos aunque ellas no quieran; y el supuesto derecho de los hombres de pegarle a las mujeres bajo ciertas circunstancias; abarca también el derecho de las mujeres de elegir libremente a sus amistades, o de decidir libremente si quieren trabajar o estudiar; e incluyen finalmente supuestas jerarquías como la de si en el noviazgo la autoridad corresponde a los hombres.

Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado (hallazgos de la investigación), la organización final de las variables independientes cambió un poco respecto a lo diseñado originalmente, en virtud de los resultados estadísticos que fuimos generando. Se trata de adecuaciones normales en el quehacer científico que no alteran de manera sustancial el diseño original y que, por el contrario, permiten un mejor aprovechamiento de los datos.

Cuadro 1. Clasificación de variables según dimensiones y áreas, y número de pregunta correspondiente en el cuestionario.

Área	Dimensión	Variable	Pregunta
VARIABLES INDEPENDIENTES			
Ubicación		Del plantel	1.01
		Del sistema	1.02
		Del semestre que cursa	1.03
Datos sociodemográficos	Datos generales	Edad	2.01
		Estado conyugal	2.02
		Personas con las que vive	2.03
	Datos socioeconómicos	Existencia de beca y porcentaje	1.04
		Tipo de tenencia de la casa donde vive	2.04
		Núm. de personas con las que vive	2.05
		Núm. de cuartos para dormir	2.06
		Cantidad de autos propios en la casa donde vive	2.07
		Medio de transporte usual para ir a la escuela	2.08
		Pertenencia a algún club de las personas con las que vive	2.11
		Condición de ocupación	Condición de ocupación
Antigüedad en la ocupación actual	2.10		
Hábitos	Tabaquismo	Condición de fumadora	3.01
		Cantidad de cigarros al día	3.02
	Alcoholismo	Consumo de alcohol	3.03
		Cantidad de consumo diario	3.04
	Estupefacientes	Uso	3.05
		Lugar de la 1a vez	3.06
		Fecha de la última vez	3.07

Cuadro 1. Clasificación de variables según dimensiones y áreas, y número de pregunta correspondiente en el cuestionario.

Área	Dimensión	Variable	Pregunta
	Ejercicio	Acostumbra hacer ejercicio	3.08
Sexualidad	Actividad sexual actual	Ha tenido relaciones sexuales	4.01
		Frecuencia en los últimos tres meses	4.04
	Iniciación sexual	Persona con quien tuvo relaciones la 1a vez	4.02
		Edad al inicio de la vida sexual	4.03
Anticoncepción	Uso y tipo de métodos anticonceptivos	4.08	
Reproducción	Embarazos	Alguna vez embarazada	4.10
		Número de embarazos	4.11
		Edad al primer embarazo	4.12
	Fecundidad	Número de hijos	4.14
	Abortos	Abortos espontáneos	4.13
		Abortos provocados	4.15
Situación de pareja	Previa	Tuvo novios/frees previos	6.01
		Número de novios/free	6.02
		Tiempo de haber terminado con el último	6.08
	Actual	Tiene novio/free	6.03
		Duración de la relación	6.07
		Con quién platica acerca de él	6.09
	Características del novio	Edad	6.04
		Escolaridad	6.05
		Ocupación	6.06

Cuadro 1. Clasificación de variables según dimensiones y áreas, y número de pregunta correspondiente en el cuestionario.

Área	Dimensión	Variable	Pregunta
Antecedentes de violencia	En la familia de origen	Física y emocional	5.01-5.12
Autonomía de la mujer	Autonomía sexual con respecto a la pareja	Quién decide el tipo de actividad sexual a practicar	4.05
		Quién decide la frecuencia de las relaciones	4.06
		Quién decide si se usan anticonceptivos	4.07
		Quién decide qué anticonceptivos y quién debe usarlos	4.09
	Autonomía en la relación de pareja actual	Quién decide qué caricias se pueden dar	8.01
		Quién decide si tener o no relaciones sexuales	8.02
		Quién decide con qué frecuencia verse	8.03
		Quién decide qué hacer o a dónde ir cuando se ven	8.04
		Quién decide qué ropa puedes usar y cuál no	8.05
		Quién decide qué amigos/as puedes tener y cuáles no	8.06
		Quién decide qué familiares puedes frecuentar	8.07
		Quién decide qué hacer en tu tiempo libre	8.08
	Quién decide si ir a la escuela o faltar a clases	8.09	
	Autonomía en el futuro, si se casara	Si llegaras a casarte con tu novio, ¿quién decidiría si tú podrías trabajar ya de casada?	8.10
		Si llegaras a casarte con tu novio, ¿quién decidiría si tú podrías seguir estudiando?	8.11
Si llegaras a casarte con tu novio, ¿quién decidiría cuántos hijos tener?		8.12	
Si llegaras a casarte con tu novio, ¿quién decidiría dónde vivir?		8.13	
Ideología de roles de género	Roles de género		9.01-9.07

Cuadro 1. Clasificación de variables según dimensiones y áreas, y número de pregunta correspondiente en el cuestionario.

Área	Dimensión	Variable	Pregunta
VARIABLES DEPENDIENTES			
Violencia	En la relación de pareja actual	Violencia emocional	7.01-7.19
		Violencia física	7.20-7.31
		Violencia sexual	7.32-7.35
		Violencia económica	7.36-7.37



V. Hallazgos de la investigación

5.1 Descripción de la muestra

El cuestionario fue contestado por 5 143 estudiantes de preparatoria y bachillerato (véase Cuadro 1.1). De ellas, alrededor de 56 por ciento cursa dentro del sistema de bachillerato SEP, y 38 por ciento, dentro del sistema de Preparatoria UNAM⁸. Poco más de un tercio de la muestra (39 por ciento) cursa el 1° o el 2° semestre; otro 30 por ciento, el 3° o 4° semestre; y un 26 por ciento, el 5° o 6° semestre.

El Cuadro 1.2 muestra que 32 por ciento de las entrevistadas tiene 14 o 15 años de edad; 55 por ciento, 16 o 17 años, y 9 por ciento, 18 años o más. Como cabe esperar, casi la totalidad de la población entrevistada es soltera (96 por ciento), mientras que un porcentaje muy similar (95 por ciento) vive con sus papás o por lo menos con uno de ellos dos. Es notable que 86 por ciento vive en casa propia, dato que se antoja consistente con el estatus de clase media y media-alta que, suponemos, caracteriza a los estudiantes de las escuelas preparatorias privadas. Por otra parte, sólo 11 por ciento vive en casa rentada, prestada, u otra similar. También dentro de lo esperado, 89 por ciento no cuenta con un trabajo remunerado y se dedica a estudiar exclusivamente.

⁸ Otro 5 por ciento señaló que no sabe, mientras que uno por ciento restante no respondió a la pregunta. En lo que sigue omitiremos hacer referencia a las categorías de "no sabe" y "no respondió", por lo que cada lector(a) debe esperar que con frecuencia los porcentajes no sumen 100 por ciento.

Una variable que utilizaremos para tratar de diferenciar el estatus socioeconómico medio del medio-alto es la pertenencia, a nivel familiar, a algún club privado. En el mismo Cuadro 1.2 se muestra que 69 por ciento no cuenta con esta facilidad, mientras que 28 por ciento sí. Otra variable empleada con el mismo fin se refiere al índice de hacinamiento, que resulta de dividir el número de personas que vive en la casa de la entrevistada entre el total de cuartos que se usan para dormir. De acuerdo con el Cuadro 1.2, 40 por ciento vive en un nivel de hacinamiento de medio a alto, esto es, un promedio de entre 1.5 a 6 personas por cuarto, mientras que el restante 56 por ciento cuenta con un nivel de hacinamiento bajo (máximo hasta 1.4 personas por cuarto). Estas variables permiten cortar en diferentes puntos la escala de nivel socioeconómico: mientras la pertenencia a un club podría diferenciar el grupo que suponemos más acomodado (28 por ciento), el nivel de hacinamiento identificaría a un grupo que, medido con otro criterio, posee condiciones económicas menos favorables (40 por ciento).⁹ Al utilizar estas dos variables de manera combinada (Cuadro 1.3), podemos construir una variable (nivel socioeconómico) con el propósito de clasificar a la población entrevistada en tres estratos (medio-bajo, medio y medio-alto). De

⁹ El diseño original del cuestionario contemplaba un plan más ambicioso para la construcción de un índice de nivel socioeconómico (véase documento "Diseño metodológico"), en el que se preveía usar para este fin variables como número de autos disponibles en casa, tipo de tenencia de la vivienda y medio de transporte utilizado para llegar a la escuela. Sin embargo, el análisis factorial aplicado para validar esta estrategia muestra que la correlación entre ellas es muy débil, por lo que optamos por conservar sólo las dos variables mencionadas.

acuerdo con esta distribución, 31 por ciento de las estudiantes pertenece a un nivel medio-bajo, 51 por ciento a un nivel medio, y 18 por ciento a un nivel medio-alto¹⁰.

En términos de hábitos (Cuadro 1.4), destaca que 32 por ciento de las entrevistadas fuma y 52 por ciento consume bebidas alcohólicas, en ambos casos independientemente de la frecuencia y cantidad de estos consumos¹¹. En cambio, sólo 4 por ciento reportó consumir algún tipo de drogas, mientras que 75 por ciento hace ejercicio por lo menos una vez a la semana.

Con respecto al ejercicio de la sexualidad (véase Cuadro 1.5), hay que señalar en primer lugar, que cerca de 27 por ciento de las entrevistadas reporta haber tenido ya relaciones sexuales, de las cuales 73 por ciento tuvo su primera relación sexual con su novio, 12 por ciento con un "free", un amigo, u otro tipo de persona. Del total de estudiantes que afirmaron haber tenido ya relaciones sexuales, 2 por ciento tuvo su primera relación antes de los 15 años de edad; 37 por ciento, entre los 15 y 16; 41 por ciento entre los 17 y 18 años de edad, mientras que el 4 por ciento restante se inició después de los 18 años de edad.

El Cuadro 1.6 muestra los principales datos en relación con el uso de anticonceptivos entre las estudiantes, destacando el condón como el método más utilizado, por mucho, con 22 por ciento, seguido de las pastillas (9 por ciento), el retiro (6 por ciento), y el ritmo (4 por ciento). Los demás métodos (DIU, óvulos, inyecciones y parche) son utilizados por sólo 1 por ciento o menos de la muestra.

El Cuadro 1.7 muestra que del total de las estudiantes entrevistadas, 2 por ciento ha estado embarazada al menos una vez; si consideramos sólo a las que contestaron haberse iniciado ya en la actividad sexual, este porcentaje se incrementa a 7 por ciento¹². Una proporción menor de entrevistadas (4.5 por ciento) tiene un hijo, y del total de

¹⁰ Esta clasificación resulta de reducir a tres las cuatro casillas que presenta la tabla. Consideramos nivel bajo a aquellos que no pertenecen a un club y tienen un nivel de hacinamiento medio/alto (31.3 por ciento). Y el otro extremo, los de nivel alto, a aquellos casos que sí pertenecen a un club privado y además cuentan con un nivel de hacinamiento bajo (18 por ciento). Las otras dos casillas, al poseer sólo uno de los dos atributos anteriores, se toman como representativas del nivel medio.

¹¹ Es decir, habría que analizar con más detenimiento estas cifras. Por ejemplo, del total de las entrevistadas que reportaron que sí fuman, poco menos de un tercio señaló que sólo practica "algunas fumadas" a la semana, esto es, menos de un cigarrillo a la semana. De la misma manera, del total que reportó que sí consume bebidas alcohólicas, 39 por ciento señaló que lo hace con una frecuencia de menos de una vez al mes.

¹² En el cuadro se presentan sólo las cifras correspondientes a aquellas que declararon haber tenido ya relaciones sexuales. En este párrafo, sin embargo, hacemos referencia tanto a esta población como a la muestra total.

la población entrevistada cerca de 2 por ciento indicó haber tenido un aborto inducido o espontáneo. Ninguna manifiesta tener más de un hijo.

El Cuadro 1.8 versa sobre los antecedentes de violencia física en la familia de las entrevistadas, donde 22 por ciento reporta malos tratos en su familia. Del amplio listado de posibilidades que este maltrato puede asumir, destaca que 12 por ciento mencione los empujones entre los hermanos, empujones o golpes de la mamá a ella (3 por ciento) o del papá a ella (2 por ciento), y empujones o golpes del papá a la mamá (2 por ciento). De manera semejante, el Cuadro 1.9 muestra la violencia emocional en la familia, de acuerdo con las respuestas de las estudiantes. En él se destaca que 26 por ciento reporta insultos u ofensas entre hermanos, seguido, en proporciones semejantes (11 por ciento) de insultos u ofensas del papá a la mamá, y de insultos u ofensas de la mamá a ella. Cerca de 8 por ciento manifiesta también la situación opuesta, esto es, insultos u ofensas de la mamá hacia el papá.

El Cuadro 1.10 resulta también muy interesante porque presenta información en torno a los novios y/o “free” de las entrevistadas. Sólo 7 por ciento señala que no ha tenido novio ni “free”, mientras que 54 por ciento reporta que sí, y 35 por ciento señala que “ambos” (novio y “free”). Los datos confirman la importancia de la figura del “free” en la realidad actual de las y los adolescentes. En concordancia con la actividad dominante de las propias entrevistadas, 60 por ciento se dedica únicamente a estudiar, mientras que 19 por ciento estudia y trabaja. La gran mayoría (74 por ciento de las entrevistadas que tienen novio o “free”) lleva un año o menos con él.

Hasta aquí hemos presentado una breve descripción de las principales variables *independientes* exploradas en esta investigación. En las secciones siguientes daremos cuenta tanto de las variables *dependientes* como de las *intervenientes*.

Cuadro 1.1 Características generales de la muestra.

	Frecuencia	Porcentaje
Región de aplicación*		
Cd. de México y Zona Metropolitana	3 474	67.5
Centro Occidente	176	3.4
Centro Sur	153	3.1
Noreste	530	10.3
Noroeste	195	3.7
Sur Sureste	615	12.0
Total	5 143	100.0
Sistema de incorporación		
Bachillerato con RVOE	2 860	55.6
Preparatoria UNAM	1 957	38.1
No sabe	252	4.9
No respondió	74	1.4
Total	5 143	100.0
Semestre que cursa		
1er semestre	1 881	36.6
2º semestre	122	2.4
3er semestre	1 436	27.9
4o semestre	107	2.1
5o semestre	1 183	23.0
6o semestre	130	2.5
No respondió	284	5.5
Total	5 143	100.0

* Con base en la regionalización de ANUIES.

Cuadro 1.2 Características sociodemográficas.

	Frecuencia	Porcentaje
Años de edad cumplidos		
14	188	3.7
15	1 452	28.2
16	1 578	30.7
17	1 229	23.9
18	339	6.6
19	71	1.4
20 y +	36	0.7
No respondió	249	4.8
Total	5 143	100.0
Estado conyugal		
Soltera	4 939	96.0
Unión libre	30	0.6
Casada	9	0.2
Separada	5	0.1
No respondió	160	3.1
Total	5 143	100.0
Personas con las que vive		
Papá y mamá	3 774	73.4
Mamá	971	18.9
Papá	124	2.4
Novio	15	0.3
Otros familiares	105	2.0
Amigos u otras	22	0.4
Sola	9	0.2
Casa de huéspedes	7	0.1
No respondió	116	2.3
Total	5 143	100.0

CONTINUACIÓN CUADRO 1.2

	Frecuencia	Porcentaje
Tenencia de la vivienda donde vive		
Propia	4 426	86.1
Rentada	525	10.2
Prestada	39	0.8
Otra	13	0.3
Algún familiar	7	0.1
No sabe	15	0.3
No respondió	118	2.3
Total	5 143	100.0
Condición laboral		
No	4 580	89.1
Sí	309	6.0
No respondió	254	4.9
Total	5 143	100.0
Inscripción a un club privado		
No	3 557	69.2
Sí	1 421	27.6
No respondió	165	3.2
Total	5 143	100.0
Nivel de hacinamiento		
Medio o Alto	2 073	40.3
Bajo	2 893	56.3
No respondió	177	3.4
Total	5 143	100.0

Cuadro 1.3 Nivel de hacinamiento por pertenencia a un club privado.

		Nivel de hacinamiento		Total
		Medio/Alto (1.5 - 6)	Bajo (hasta 1.4)	
Inscripción a un club privado	No	1536 (31.3%)	1974 (40.3%)	3510 (71.6%)
	Sí	507 (10.3%)	883 (18.0%)	1390 (28.4%)
Total		2043 (41.7%)	2857 (58.3%)	4900 (100%)

Cuadro 1.4 Hábitos de las entrevistadas.

	Frecuencia	Porcentaje
Hábito al cigarro		
No	3 306	64.3
Sí	1 654	32.2
No respondió	183	3.6
Total	5 143	100.0
Hábito a bebidas alcohólicas		
No	2 295	44.6
Sí	2 649	51.5
No respondió	199	3.9
Total	5 143	100.0
Hábito a drogas		
No	4 710	91.6
De vez en cuando	141	2.7
A veces	51	1.0
Con frecuencia	12	0.2
No respondió	229	4.5
Total	5 143	100.0
Hábito de realizar ejercicio		
No	1 068	20.8
Sí, una vez a la semana	1 562	30.4
Sí, varias veces a la semana	2 308	44.9
No respondió	205	4.0
Total	5 143	100.0

Cuadro 1.5 Sexualidad de las entrevistadas.

	Frecuencia	Porcentaje
Ha tenido relaciones sexuales		
No	3 580	69.6
Sí	1 362	26.5
No respondió	201	3.9
Total	5 143	100.0
Con quién tuvo su primera relación sexual		
Novio	1 144	73.2
Free	67	4.3
Amigo	72	4.6
Familiar	11	0.7
Maestro	8	0.5
Esposo	8	0.5
Desconocido	16	1.0
Otro	3	0.2
No respondió	234	15.0
Total	1 563	100.0
Edad a la que tuvo su primera relación sexual		
Antes de los 15 años	26	1.8
15 años	207	13.2
16 años	372	23.8
17 años	453	29.0
18 años	253	11.8
19 años y más	68	4.4
No respondió	251	16.1
Total	1 563	100.0
En los últimos 3 meses, ¿cuántas relaciones sexuales ha tenido?		
Ninguna	431	27.6
1 o 2	443	28.3
3 a 6	236	15.1
7 o más	229	14.7
No respondió	224	14.3
Total	1 563	100.0

Cuadro 1.6 Uso de métodos anticonceptivos.

Método que usa	Frecuencia	Porcentaje
Ninguno	30	0,6
Ritmo	186	3,6
Retiro	331	6,4
Condón	1 151	22,4
Óvulos	44	0,9
Pastillas	446	8,7
DIU	21	0,4
Parche	29	0,6
Inyección	9	0,2
Otro	17	0,3

Cuadro 1.7 Salud reproductiva.

	Frecuencia	Porcentaje
Has estado embarazada		
No	1 205	77.1
Sí	106	6.8
No respondió	252	16.1
Total	1 563	100.0
Número de embarazos		
Uno	91	25.4
Dos o más	8	2.2
No respondió	259	72.3
Total	358	100.0
Número de hijos		
No	82	22.9
Sí, uno	16	4.5
No respondió	260	72.6
Total	358	100.0
Ha tenido abortos provocados		
No	44	12.3
Sí	60	16.8
No respondió	254	70.9
Total	358	100.0
Ha tenido abortos espontáneos		
No	79	22.1
Sí	25	7.0
No respondió	254	70.9
Total	358	100.0

Cuadro 1.8 Violencia física en la familia.

Formas de violencia	Frecuencia	Porcentaje
Malos tratos en la familia	1 127	21.9
Empujones o golpes del papá a la mamá	106	2.1
Empujones o golpes de la mamá al papá	51	1.0
Empujones o golpes de ambos	54	1.0
Empujones o golpes del papá a ella	113	2.2
Empujones o golpes de la mamá a ella	139	2.7
Empujones o golpes de ambos a ella	64	1.2
Empujones o goles del papá a los hermanos	102	2.0
Empujones o golpes de la mamá a los hermanos	66	1.3
Empujones o golpes de ambos a los hermanos	51	1.0
Empujones o golpes entre los hermanos	631	12.3
Empujones o golpes entre otros	37	0.7

Cuadro 1.9 Violencia emocional en la familia**Formas de violencia**

	Frecuencia	Porcentaje
Insultos u ofensas del papá a la mamá	552	10.7
Insultos u ofensas de la mamá al papá	385	7.5
Insultos u ofensas de ambos	501	9.7
Insultos u ofensas del papá a ella	448	8.7
Insultos u ofensas de la mamá a ella	552	10.7
Insultos u ofensas de ambos a ella	245	4.8
Insultos u ofensas del papá a los hermanos	348	6.8
Insultos u ofensas de la mamá a los hermanos	292	5.7
Insultos u ofensas de ambos a los hermanos	195	3.8
Insultos u ofensas entre hermanos	1 346	26.2
Insultos u ofensas entre otros	69	1.3

Cuadro 1.10 Relaciones de noviazgo y/o con "frees".

	Frecuencia	Porcentaje
Ha tenido novio o free		
No	370	7.2
Sí, novio	2 755	53.6
Sí, free	95	1.8
Ambos	1 786	34.7
No respondió	137	2.7
Total	5 143	100.0
Novio o free actual		
No	1 941	40.7
Sí, novio	2 107	44.1
Sí, free	391	8.2
Ambos	104	2.2
No respondió	230	4.8
Total	4 773	100.0
Actividad del novio		
Estudia	1 701	60.1
Trabaja	290	10.2
Ambas	535	18.9
Ninguna	34	1.2
No sabe	6	0.2
No respondió	266	9.4
Total	2 832	100.0
Años de relación con el novio		
Menos de un año	1 538	54.3
Un año	559	19.7
Más de un año	284	9.8
No respondió	451	15.9
Total	2 832	100.0

5.2 Desarrollo y validación de los índices de poder de decisión, autonomía sexual, e ideología de roles de género

Estimación del Índice de Poder de Decisión

La sección VIII del cuestionario incluye preguntas sobre la toma de decisiones en el noviazgo, aspectos del tiempo y actividades que pasan juntos y sobre temas de la vida de la mujer. Las respuestas posibles para cada una de estas preguntas discriminan si dichas decisiones son tomadas por ambos miembros de la pareja, sólo por él, sólo por ella, o por otras personas.

Con base en estas preguntas, elaboramos un índice que reflejara el poder de decisión de las mujeres respecto a sus novios o “frees” durante el noviazgo. Idealmente podríamos pensar que la relación más equitativa sería aquella en donde ambos miembros de la pareja pueden opinar y decidir lo que quieren hacer, y en tal sentido considerar que la respuesta que refleja una relación de poder más equitativa es la de “ambos”. Sin embargo, esta categoría de respuesta puede ocultar situaciones muy diversas y dispares en términos de poder de decisión del hombre y la mujer, en las que alguno de los miembros sólo llegue acaso a opinar, pero la decisión final está en manos del otro¹³. Además, buena parte de las preguntas planteadas en esta sección se relacionan con aspectos estrictamente de la vida de la mujer sobre los cuales sólo ella debería decidir.

Por ello, en la estimación de este índice, buscamos un instrumento que lograra discriminar el nivel de poder de decisión *real* de la mujer, para lo cual expresamente valoramos de manera diferencial las tres posibles respuestas de interés. De ahí que como un primer paso recategorizamos las posibles respuestas a estas preguntas de la siguiente manera: Sólo Él = 0, Ambos = 1 y Sólo Ella = 2. De esta manera, al sumar las respuestas obtenidas para cada de las preguntas, en la medida en que la mujer participa en más decisiones y en la medida en que participa autónomamente, será mayor el valor (o puntuación) que obtiene en el Índice de poder de decisión.

Cuando se reporta a otra persona distinta a los miembros de la pareja como la que toma alguna de estas decisiones con más frecuencia, no obtenemos información relevante sobre las negociaciones en torno a la toma de decisiones

¹³ La dominación simbólica es aquella que se ejerce con la colaboración y aquiescencia de los dominados, sin que éstos sepan que son dominados. Al menos teóricamente podría darse el caso de estudiantes que mantienen una relación de clara subordinación con sus novios o “frees”, aun creyendo que la relación es equitativa.

al interior de la pareja, por lo que estos casos son recodificados como “sin información” (*missing*), y así quedan excluidos de nuestro análisis. Las siete preguntas que se consideraron para la construcción de este índice son:

Quién decide con más frecuencia:

1. ¿Con qué frecuencia verse?
2. ¿Qué hacer o adónde ir cuando se ven?
3. ¿Qué ropa puedes usar o no?
4. ¿Qué amigos o amigas puedes tener y cuáles no?
5. ¿Qué familiares puedes frecuentar y cuáles no?
6. ¿Qué hacer en tu tiempo libre?
7. ¿Si ir a la escuela o faltar a clases?

En el Cuadro 2.1 presentamos la distribución de frecuencias para estas siete preguntas, que permiten obtener una primera valoración del juego de poder entre mujeres y hombres en la toma de decisiones en el noviazgo. De acuerdo con estos datos, las dos primeras preguntas que aluden a decisiones sobre el tiempo que pasan juntos los novios, muestran que mayoritariamente dichas decisiones son tomadas en conjunto por ambos miembros de la pareja (alrededor de 80 por ciento de los casos). En segundo término son las mujeres, en mucha mayor medida que los hombres, quienes toman estas decisiones. Las otras cinco preguntas que se refieren más bien a decisiones sobre actividades de la mujer (qué ropa usa, qué hacer en su tiempo libre, si asiste o no a la escuela, etc.), indican que, efectivamente, son ellas en su mayoría quienes toman estas decisiones por sí mismas. No obstante, en alrededor de una tercera parte de los casos, esas decisiones que parecen tan personales son tomadas junto con la pareja, lo que podría ser

Cuadro 2.1 Distribución de frecuencias de las preguntas incluidas en el Índice de Poder de Decisión (recodificadas).

Pregunta: ¿Quién decide con más frecuencia...	Sólo él	Ambos	Sólo ella	Total
1) con que frecuencia verse?	5.11	80.68	14.21	100.00
2) qué hacer o adónde ir cuando se ven?	3.81	78.90	17.29	100.00
3) qué ropa puedes usar o no?	1.70	31.00	67.30	100.00
4) qué amigos/as puedes tener y cuáles no?	2.71	33.38	63.91	100.00
5) qué familiares puedes frecuentar y cuáles no?	0.87	31.32	67.81	100.00
6) qué hacer en tu tiempo libre?	1.32	31.51	67.17	100.00
7) si ir a la escuela o faltar a clases?	0.95	27.40	71.65	100.00

Cuadro 2.2 Método de componentes principales para variables de poder de decisión. Factores identificados y varianza explicada.

Factor	Eigenvalue	% Varianza	% Acumulado
1	3.8924	0.5560	0.5560
2	1.3217	0.1888	0.7449
3	0.6691	0.0956	0.8404
4	0.4127	0.0590	0.8994
5	0.2868	0.0410	0.9404
6	0.2237	0.0320	0.9723
7	0.1937	0.0277	1.0000

un indicativo de actitudes –tanto en el hombre como en la mujer– que van dando cabida a una relación controladora del hombre sobre la mujer.

Como segundo paso queremos confirmar la cohesión conceptual de estas siete preguntas (o variables), a fin de constatar si efectivamente todas ellas representan un mismo concepto, denominado “Poder de decisión”. Mediante análisis factorial, empleando el método de componentes principales, podemos examinar la estructura de correlaciones entre estas siete variables y la posibilidad de agrupar (o reducir) todas ellas en un solo indicador (o factor) o en un número reducido de ellos. Los resultados del análisis factorial (véase Cuadro 2.2) indican que estos siete ítems representan dos dimensiones diferentes. Los dos factores retenidos en el análisis factorial (con eigenvalue mayor a 1) explican en conjunto 75 por ciento de la varianza de las siete variables analizadas.

En función de los valores de correlación de cada variable con los dos factores retenidos, podemos identificar cuáles de ellas se asocian más fuertemente a cada factor. En este caso el factor 1 queda conformado por los dos primeros ítems (quién decide con más frecuencia con qué frecuencia verse y quién decide con más frecuencia que hacer o adónde ir cuando se ven), y lo denominamos “Decisiones básicas sobre el tiempo que pasan juntos”. El segundo factor queda integrado por los cinco ítems restantes (¿Qué ropa puedes usar o no?, ¿Qué amigos o amigas puedes tener y cuáles no?, ¿Qué familiares puedes frecuentar y cuáles no?, ¿Qué hacer en tu tiempo libre?, y ¿Si ir a la escuela o faltar a clases?), que llamamos “Control de la vida de la mujer”.

Con base en ambos factores, construimos dos índices aditivos correspondientes, estimados a partir del conjunto de variables que se asocian a cada uno, y que designamos con los mismos nombres de los dos factores correspondientes. Enseguida, integramos ambos índices en uno general, nombrado como “Índice de poder de decisión de la mujer”. Éste se obtiene a partir

de la adición ponderada del índice de decisiones básicas sobre el tiempo que pasan juntos y el índice de control sobre la vida de la mujer. Considerando que los dos factores identificados en el análisis factorial explican 75 por ciento de la varianza total (56 por ciento el factor 1 y 19 por ciento el factor 2), al integrar los dos índices en el índice general cada uno de ellos es estandarizado (en una escala de 0 a 1) y ponderamos cada uno de ellos en función de la proporción del porcentaje de varianza que cada uno contribuye a explicar: (56/75 el factor 1 y 19/75 el factor 2). De esta manera el índice general de poder de decisión queda determinado por:

$$\text{Índice de poder de decisión de la mujer} = 0.75 * \text{Índice (estandarizado) de decisiones básicas sobre el tiempo que pasan juntos} + 0.25 * \text{Índice (estandarizado) de control sobre la vida de la mujer}.$$

El índice compuesto de poder de decisión de la mujer así obtenido, representa un indicador con valores de 0 a 1, donde 0 equivale a los casos de mujeres que no tienen ningún poder de decisión, cuyos novios toman por sí solos todas las decisiones, y 1 a los casos de mujeres con alto poder de decisión, quienes toman por sí solas todas las decisiones. Los valores intermedios entre 0 y 1 se refieren a todas las situaciones intermedias entre esos dos extremos. El valor promedio en este índice de las mujeres encuestadas es de 0.77, lo que sugiere un nivel general medio-alto de poder de decisión entre ellas. Finalmente, como medida del grado de consistencia de este índice, se estimó el valor del estadístico alpha de Cronbach, que en este caso es igual a 0.82, lo que indica una alta consistencia interna del índice de poder de decisión.

Estimación del Índice de Autonomía Sexual

La encuesta incluyó varias preguntas sobre decisiones en la pareja, relativas al ejercicio sexual de sus miembros, la frecuencia y tipo de encuentros sexuales que tienen y la adopción de métodos anticonceptivos. Estas pre-

guntas fueron contestadas sólo por aquellas mujeres que previamente respondieron que ya se habían iniciado sexualmente, lo que nos plantea una reducción importante del tamaño de muestra: 1 360 mujeres. Con base en la información proveniente de este subconjunto de preguntas, nos propusimos estimar un índice que reflejara el poder de decisión y el control de la mujer sobre su vida sexual. Las seis preguntas que se consideraron para la construcción de este índice son:

1. ¿Quién decide qué tipo de relaciones sexuales tener?
2. ¿Quién decide con qué frecuencia tener relaciones sexuales?
3. ¿Quién decide si usar anticonceptivos o no?
4. ¿Quién decide qué tipo de métodos anticonceptivos usan o quién los usa?
5. ¿Quién decide qué tipo de caricias se pueden dar entre ustedes?
6. ¿Quién decide si tener o no relaciones sexuales?

Para cada una de estas preguntas, las posibles respuestas eran: Ella, Ambos o Él, que las recodificamos con los valores de 2, 1 y 0, respectivamente, siguiendo la misma lógica: de mayor valoración cuando es la

mujer quien decide, explicadas ya en las preguntas incluidas en la construcción del índice de poder de decisión. Algunas preguntas también planteaban como cuarta opción de respuesta “Otros” (las preguntas 1, 5 y 6). Esos casos (entre 1.4 y 0.2 por ciento) se excluyeron del estudio, porque no aportan información útil para el análisis de la autonomía sexual de las mujeres.

La distribución de frecuencias de las tres posibles respuestas para estas seis preguntas (una vez recodificadas y excluidos los casos de “Otros”) se presenta en el Cuadro 2.3. Como puede observarse también en las decisiones en torno al ejercicio sexual de la pareja, la mayoría de éstas son tomadas de manera conjunta por ambos miembros de la pareja (entre 68 y 81 por ciento en cada caso). Sin embargo, es notable también que en casi una cuarta parte de las veces es sólo la mujer quien decide sobre estos aspectos de la relación, en tanto que la participación (toma de decisiones en torno a la sexualidad en el noviazgo) de los hombres solos resulta significativamente mucho menor. Estos datos son muy interesantes y sugieren un espacio de poder importante de las mujeres durante el noviazgo, controlando la sexualidad propia y, al menos en parte, la del compañero.

Cuadro 2.3 Distribución de frecuencias de las preguntas incluidas en el Índice de Autonomía Sexual (recodificadas)

Pregunta: ¿Quién decide...	Sólo él	Ambos	Sólo ella	Total
1. qué tipo de relaciones sexuales tener?	1.97	73.92	24.11	100.00
2. con qué frecuencia tener relaciones sexuales?	2.80	69.91	27.29	100.00
3. si usar anticonceptivos o no?	2.22	70.12	27.66	100.00
4. qué tipo de anticonceptivos usan o quién los usa?	4.09	72.78	23.13	100.00
5. qué tipo de caricias se pueden dar entre ustedes?	2.53	80.58	16.89	100.00
6. si tener o no relaciones sexuales?	1.19	75.60	23.21	100.00

Para establecer si este conjunto de preguntas representan un conjunto integrado, en el cual cada elemento refleja parcialmente un concepto común a todos, que para este caso llamaríamos “Autonomía sexual de la mujer”, aplicamos un análisis factorial. Los resultados de este análisis (véase Cuadro 2.4) sugieren que dos distintos factores (con eigenvalue mayor a 1) subyacen a este grupo de variables. Cinco de las seis variables analizadas se asocian más fuertemente al factor 1 (el cual explica 37 por ciento de la varianza total) en tanto que una sola pregunta (¿Quién decide qué tipo de métodos anticonceptivos usan o quién los usa?) se asocia al segundo factor (el cual explicaría 19 por ciento de la varianza).

La estimación del índice general de autonomía sexual resultaría, en principio, de la suma ponderada de los dos subíndices correspondientes a estos dos factores identificados en el análisis factorial. Sin embargo, pensamos que no tiene sentido estimar el subíndice correspondiente al factor 2, en tanto que estaría integrado por una sola variable, la cual aparentemente se distancia conceptualmente del resto de las preguntas consideradas. De ahí que decidimos integrar en su lugar el índice de autonomía sexual, empleando sólo las preguntas asociadas al factor 1, y excluir la pregunta 4 de

este indicador. De esta manera, el índice de autonomía sexual queda determinado por la sumatoria de los valores obtenidos en las cinco preguntas restantes. Como todas ellas pertenecen a un solo factor, no se establece ninguna ponderación al agregarlas.

Índice de autonomía sexual = Poder de decisión sobre qué tipo de relaciones sexuales tener + Poder de decisión sobre frecuencia de las relaciones sexuales + Poder de decisión sobre si usar anticonceptivos o no + Poder de decisión sobre qué tipo de caricias se pueden dar entre ustedes + Poder de decisión sobre tener o no relaciones sexuales

El índice de autonomía sexual obtenido de esta forma es estandarizado, adoptando de esta manera valores entre 0 y 1. Nuevamente los valores más bajos de la escala, cercanos a 0, representarían a las mujeres con menor nivel de autonomía sexual y los valores más altos, cercanos a 1, a aquellas mujeres con mayor autonomía sexual, es decir, que tienden a tomar por sí solas la mayoría de las decisiones en torno a su ejercicio sexual. El valor promedio en este índice entre las mujeres encuestadas es de 0.59, lo que podría interpretarse como una autonomía sexual media, ni muy alta ni muy baja, característica de estas mujeres.

Por último, para confirmar el nivel de consistencia de este índice y, por tanto, la cohesión interna entre los diversos ítems integrados en el mismo, se estimó el estadístico alpha de Cronbach, que en este caso arroja un valor de 0.67, el cual sugiere una consistencia interna no muy alta, pero aceptable.

Estimación del Índice de Ideología de Roles de Género

La encuesta plantea en la sección IX siete preguntas sobre las concepciones de las mujeres respecto a los roles tradicionalmente asignados a hombres y mujeres y si se identifican con ellos o no, y por tanto, en qué medida se ven a sí mismas como subordinadas frente a los hombres o como iguales a

Cuadro 2.4 Método de componentes principales para variables de Autonomía Sexual. Factores identificados y varianza explicada.

Factor	Eigenvalue	% Varianza	% Acumulado
1	2.2141	0.3690	0.3690
2	1.1267	0.1878	0.5568
3	0.9931	0.1655	0.7223
4	0.6231	0.1039	0.8262
5	0.5525	0.0921	0.9182
6	0.4906	0.0818	1.0000

ellos. Con ese conjunto de preguntas elaboramos un indicador que nos permitiese identificar el grado de igualdad en que, al menos teóricamente, las mujeres se ven a sí mismas respecto a los hombres.

Se trata entonces de un indicador construido con base en posturas (teóricas), no acciones, a diferencia de los dos índices previos que sí se fundamentan en experiencias vividas por las mujeres. Y lo señalamos para invitar a las y los lectores a tener presente este punto, en tanto que puede mediar una distancia importante entre posturas y acciones. Las preguntas planteadas en esta sección del cuestionario son:

1. ¿Las mujeres deben obedecer a los hombres en todo lo que estos ordenan?
2. ¿Una mujer puede escoger a sus amistades aunque a su novio, “free” o esposo no le gusten?
3. ¿En el noviazgo la autoridad la tienen los hombres?
4. ¿Es obligación de las mujeres casadas tener relaciones sexuales con sus esposos aunque ellas no quieran?
5. ¿Un hombre tiene derecho a pegarle a una mujer bajo ciertas circunstancias?
6. ¿Las mujeres pueden decidir libremente si quieren trabajar o estudiar, independientemente de lo que opinen sus novios o esposos?
7. ¿Las mujeres deben obedecer a los hombres tanto en el noviazgo como en el matrimonio?

En cada una de estas preguntas la mujer podía responder: Sí, No o Depende. Dado que para algunas preguntas una respuesta Sí representa una posición subordinada y para otras una postura igualitaria, la recodificación (re-asignación de valores) para estas preguntas varía en función de la idea propuesta en cada pregunta, y asignamos siempre un valor de 2 a la respuesta que implica una postura igualitaria (“Sí” en preguntas 2 y 6, “No” en el resto de las preguntas), y un valor de 0 a la respuesta que plantea una postura subordinada (“Sí” en preguntas 1, 3, 4, 5 y 7, “No” en las otras dos preguntas). A la respuesta de “Depende” se le asignó siempre un código de 1, en tanto que representaría en todos los casos una postura intermedia de la mujer frente al planteamiento.

El Cuadro 2.5 indica la distribución de frecuencias obtenidas para estas siete preguntas. Salta a la vista que en todas éstas la mayoría de las mujeres expresa una postura igualitaria (entre 86 y 98 por ciento en cada pregunta). La pregunta donde es mayor el consenso de rechazo (y de postura no subordinada) de las mujeres es en la que se plantea el derecho de los hombres de pegarle a las mujeres en determinadas circunstancias. En tanto que frente a las cuestiones sobre si las mujeres pueden escoger a sus amistades aunque a su novio, “free” o esposo no le gusten, y la de si pueden decidir libremente si quieren trabajar o estudiar independientemente de lo que opinen sus

Cuadro 2.5 Distribución de frecuencias de las preguntas incluidas en el Índice de Roles de Género (recodificadas)

Pregunta	Sí %	Depende %	No %	Total
1. ¿Las mujeres deben obedecer a los hombres en todo lo que estos ordenan?	0.81	5.01	94.18	100.00
2. ¿Una mujer puede escoger a sus amistades aunque a su novio, free o esposo no le gusten?	86.34	9.53	4.13	100.00
3. ¿En el noviazgo la autoridad la tienen los hombres?	0.93	1.42	97.65	100.00
4. ¿Es obligación de las mujeres casadas tener relaciones sexuales con sus esposos aunque ellas no quieran?	0.79	1.64	97.57	100.00
5. ¿Un hombre tiene derecho a pegarle a una mujer bajo ciertas circunstancias?	0.81	0.81	98.38	100.00
6. ¿Las mujeres pueden decidir libremente si quieren trabajar o estudiar, independientemente de lo que opinen sus novios o esposos?	90.75	3.79	5.46	100.00
7. ¿Las mujeres deben obedecer a los hombres tanto en el noviazgo como en el matrimonio?	1.70	6.62	91.68	100.00

novios o esposos, aunque son mayoritariamente aceptados (indicando una postura igualitaria de las mujeres), abren un mayor margen a las respuestas de rechazo o de indecisión al respecto.

Antes de proceder a agregar estas preguntas en un Índice de roles de género, efectuamos el análisis factorial que permite verificar la pertenencia de todos estos ítems a un mismo concepto (o factor). En este caso, los resultados del análisis factorial (véase Cuadro 2.6) señalan que los siete ítems representan dos dimensiones o factores distintos. Los dos factores retenidos en el análisis factorial (con eigenvalue mayor a 1) explican en conjunto 42 por ciento de la varianza total de los siete ítems considerados. Cinco de las siete preguntas (1, 3, 4, 5 y 7) se cargan en el factor 1, en tanto que las dos preguntas restantes (2 y 6) se asocian más fuertemente al factor 2. Analizando la naturaleza de las preguntas asociadas a cada uno de estos factores,

Cuadro 2.6 Método de componentes principales para variables de roles de género. Factores identificados y varianza explicada

Factor	Eigenvalue	% Varianza	% Acumulado
1	1.7539	0.2506	0.2507
2	1.1836	0.1691	0.4197
3	0.9687	0.1384	0.5580
4	0.8839	0.1263	0.6843
5	0.7939	0.1134	0.7977
6	0.7482	0.1069	0.9046
7	0.6677	0.0954	1.0000

identificamos que el factor 1 se asocia con la dimensión de “Derechos de los hombres y deberes de las mujeres”, y la dimensión que representa el factor 2 corresponde a “Derechos de las mujeres”.

Procedemos entonces a estimar un índice para cada una de estas dimensiones identificadas: Índice de roles de género sobre derechos de los hombres y deberes de las mujeres e Índice de roles de género sobre derechos de las mujeres. Ambos índices son posteriormente agregados en el Índice general de roles de género. Considerando que los dos factores explican un total de 42 por ciento de la varianza de los siete ítems, estimamos cuál es la contribución proporcional de cada factor a esa varianza explicada para establecer la ponderación de cada uno de los índices específicos en la construcción del índice general de roles de género. El factor 1 explica una proporción de 0.60 de la varianza total explicada (0.2506/0.4197), en tanto que el factor 2, una proporción de 0.40 (0.1691/0.4197). De esta manera el cálculo del Índice general de roles de género queda determinado por:

$$\text{Índice General de Roles de Género} = 0.60 * \text{Índice de roles de género sobre derechos de los hombres y deberes de las mujeres (estandarizado)} + 0.40 * \text{Índice de roles de género sobre derechos de las mujeres (estandarizado)}.$$

El Índice de roles de género así obtenido se expresa en valores entre 0 y 1, representando los valores más cercanos a 1 una postura igualitaria de las mujeres, y los cercanos a 0, una posición subordinada consistente con la división tradicional de roles de género. El conjunto de mujeres de la muestra arroja un valor promedio de 0.95, el cual es claramente muy alto, indicando que –al menos teóricamente– estas mujeres se conciben como iguales a sus parejas en términos de derechos y deberes.

No obstante, el valor del estadístico de alpha de Cronbach (0.45) nos indica que la consistencia interna de este índice es muy baja, estrictamente hablando no aceptable. Realizamos diversas pruebas, excluyendo del índice

aquellos ítems con menor correlación con el resto de los ítems, pero en ningún caso ello redundó en una mejora de la consistencia del índice. La decisión con base en criterios estadísticos sería en este caso desechar este índice. No obstante, en aras del interés teórico que nos despierta esta noción de ideología de roles de género, decidimos mantenerlo y explorar su posible relación con los diversos tipos de violencia que se presentan en el noviazgo, aunque conscientes de su limitación estadística, que posiblemente se expresará en una carencia de significancia estadística de este indicador en el análisis a realizar.

Corolario

Los tres índices construidos de esta manera pueden ser convertidos en variables categóricas para efectos del análisis que sigue. Como hemos señalado, el rango de cada índice es de 0 a 1. Cada nivel representa un tercio de dicho rango, es decir, el nivel 1 incluye a las estudiantes con un índice entre 0 y .33; el nivel 2, a las estudiantes con un índice entre .34 y .66; y el nivel 3, a las que obtuvieron entre .67 y 1. En el Cuadro 2.7 se muestra la distribución de las entrevistadas en estos tres niveles para cada índice.

Cuadro 2.7 Distribución de las entrevistadas en cada uno de los índices tricotomizados.

Índice	Nivel			n
	Bajo (1) %	Medio (2) %	Alto (3) %	
Poder de decisión	0.50	29.30	70.21	3,427
Autonomía sexual	1.16	72.36	26.49	1,212
Ideología de roles de género	5.20	24.30	70.50	4,617

Como puede apreciarse, los índices de poder de decisión y de ideología de roles de género se distribuyen de manera parecida, en cuanto que ambos concentran la proporción mayoritaria de estudiantes en el nivel más alto (70 por ciento), o sea el 3. En cambio, no deja de ser indicativo que el índice de autonomía sexual tiene a 72 por ciento de las estudiantes en el nivel intermedio y no en el más alto, como los dos anteriores.

Al explorar el grado de correlación que guardan los tres índices entre sí, advertimos datos interesantes (véase Cuadro 2.8). El índice de poder de decisión se correlaciona positiva y significativamente con los otros dos índices, si bien en ambos casos el valor de r es más bien modesto. La correlación más alta se presenta entre el índice de poder de decisión y el de autonomía sexual ($r = .264, p < .01$), seguida de la correlación entre el índice de poder de decisión y el de ideología de roles de género ($r = .136, p < .01$). Estos dos últimos índices (autonomía sexual e ideología de roles de género), en cambio, no muestran correlación estadísticamente significativa entre sí.

Debemos tomar con precaución estos valores de r . Por una parte, podemos afirmar que se trata de tres índices de relativa independencia entre sí, pero por otra, estos valores de r son parcialmente explicables en función de la consistencia interna de cada índice. Como ya señalamos, el índice de mayor consistencia es el de poder de decisión, mientras que el de menor consistencia interna es el de ideología de roles de género. Cuando los constructos tienden a ser difusos (es decir, con un Alpha de Cronbach más bajo), es improbable una correlación nítida entre ellos, habida cuenta de la variabilidad interna que presenta cada uno de ellos.

Una forma complementaria de apreciar y entender la relación que guardan los índices entre sí, consiste en explorar las variaciones en los valores medios de un índice al variar las categorías del otro, como se muestra en el Cuadro 2.9. Aquí se aprecia que en la medida en que ascendemos en las categorías del índice de autonomía, aumenta también el valor medio del

índice de poder de decisión que corresponde a cada una de esas categorías. En la parte derecha de este cuadro se muestran las comparaciones de medias mediante la prueba de t de student.

Así, el valor medio del índice de poder de decisión entre las estudiantes que se ubican en el nivel bajo del índice de autonomía sexual es de .6225; el valor medio del mismo índice para las que se ubican en el nivel medio del índice de autonomía sexual es de .7309; y el valor medio de este índice entre las que se ubican en el nivel alto del índice de autonomía sexual es de .8219. Las diferencias entre los tres pares de medias son estadísticamente significativas. Como se aprecia en el Cuadro 2.9, en las tres comparaciones donde interviene el índice de poder de decisión, las diferencias entre medias son significativamente distintas. En cambio, en los tres casos en que interviene el índice de ideología de roles de género, hay por lo menos un par de medias (o dos) cuyas diferencias entre sí no son estadísticamente distintas.

En síntesis: los tres índices de empoderamiento que hemos desarrollado se encuentran parcial y positivamente correlacionados. El índice de poder de decisión es el constructo más sólido y el que se correlaciona mejor con los otros dos índices. En cambio, el índice de ideología de roles de género es el constructo menos consistente y a la vez el que se correlaciona más débilmente con los otros dos índices.

Cuadro 2.8 Correlaciones entre los tres índices de empoderamiento.

	I. Poder de decisión	I. Autonomía sexual
I. Poder de decisión		
I. Autonomía sexual	.264**	
I. Roles de género	.136**	0.031

** $p < .01$

Cuadro 2.9 Medias de cada uno de los índices de empoderamiento según niveles de los demás índices.

Medias del I. de poder de decisión según niveles del i. de autonomía

Niveles del índice de autonomía	Medias del I. de Poder de Decisión		Comparación		
			Bajo vs Medio	Bajo vs Alto	Medio vs Alto
1 Bajo	0.6225	Dif. de medias p	-0.10839	-0.19944	-0.09105
2 Medio	0.7309		0.006	0.001	0.000
3 Alto	0.8219				

Medias del I. de roles de género según niveles del i. autonomía sexual

Niveles del índice de autonomía	Medias del I. de roles		Comparación		
			Bajo vs Medio	Bajo vs Alto	Medio vs Alto
1 Bajo	0.8743	Dif. de medias p	-0.073	-0.07688	-0.00388
2 Medio	0.9473		0.005	0.006	.595
3 Alto	0.9512				

Medias del I. de poder de decisión según niveles del i. ideología de roles de género

Niveles del índice de roles	Medias del I. de Poder de Decisión		Comparación		
			Bajo vs Medio	Bajo vs Alto	Medio vs Alto
1 Bajo	0.6979	Dif. de medias p	-0.04801	-0.08419	-0.03618
2 Medio	0.7459		0.029	0.000	0.000
3 Alto	0.7821				

Medias del I. de autonomía sexual según niveles del i. ideología de roles de género

Niveles del índice de roles	Medias del I. de autonomía sexual		Comparación		
			Bajo vs Medio	Bajo vs Alto	Medio vs Alto
1 Bajo	0.597	Dif. de medias p	0.01815	-0.00138	-0.01953
2 Medio	0.5788		0.086	0.047	0.904
3 Alto	0.5983				

Medias del I. de autonomía sexual según niveles del i. de poder de decisión

Niveles del índice de poder de decisión	Medias del índice de autonomía sexual		Comparación		
			Bajo vs Medio	Bajo vs Alto	Medio vs Alto
1 Bajo	0.5000	Dif. de medias p			
2 Medio	0.5533		-0.05329	-0.1152	-0.06192
3 Alto	0.6152		0.022	0.647	0.000

Medias del índice de ideología de roles de género según niveles del i. de poder de decisión

Niveles del índice de poder de decisión	Medias del índice de autonomía sexual		Comparación		
			Bajo vs Medio	Bajo vs Alto	Medio vs Alto
1 Bajo	0.8762	Dif. de medias p			
2 Medio	0.9376		-0.06133	-0.08309	-0.02176
3 Alto	0.9593		0.000	0.000	0.000

Gráfica 3.1. Prevalencia de las cuatro formas de violencia.



5.3 Análisis de prevalencia de la violencia y principales variables asociadas

El primero y más importante hallazgo de esta investigación se refiere a la prevalencia de las diversas formas de violencia durante el noviazgo que reportan las estudiantes del bachillerato SEP y de la preparatoria UNAM en planteles de diversas entidades del país. Como se aprecia en la Gráfica 3.1 y de acuerdo con los datos obtenidos, 25 por ciento de las estudiantes sufre alguna forma de violencia psicológica o emocional por parte de sus novios y/o “frees”; 16 por ciento, violencia física; 3 por ciento, violencia sexual, y 2 por ciento, violencia económica. En síntesis, 31 por ciento de esta población estudiantil vive una o varias de las formas de violencia mencionadas.

En el Cuadro 3.1 se aprecia con mayor detalle esta situación: 69 por ciento de la población entrevistada no sufre ninguna forma de violencia, 18 por ciento vive una forma de violencia (cualquiera de las cuatro posibles); 11 por ciento, dos de las formas de violencia (en cualquiera de sus combinatorias); 2 por ciento reporta tres de las cuatro formas posibles de violencia y sólo 0.2 por ciento, las cuatro formas. El detalle de cómo se distribuye la prevalencia de las distintas formas de violencia, de manera individual o combinada, se indica en el Cuadro 3.2. Tal como se aprecia ahí, casi 13 por ciento de la población reporta sufrir *únicamente* violencia psicológica; le sigue, en orden de magnitud, la proporción de la población entrevistada que dijo padecer *al mismo tiempo* violencia psicológica y física: 9 por ciento. En tercer lugar, las que manifestaron vivir *únicamente* violencia física (4.6 por ciento), seguida de las que reportaron sufrir *simultáneamente* violencia psicológica, física y sexual: 1 por ciento. Las demás combinatorias posibles tienen prevalencias menores a 1 por ciento.

En el Cuadro 3.3 se indica cómo varía la prevalencia de cada tipo de violencia ante la presencia de otra. Los datos revelan que, en todos los casos, la prevalencia de una forma de violencia se incrementa ante la presen-

cia de otras. Así por ejemplo, la prevalencia de violencia psicológica es de 16.66 por ciento entre jóvenes que no sufren violencia física, pero se eleva a 69.67 por ciento cuando éstas padecen además violencia física; la prevalencia de violencia psicológica entre mujeres que no sufren violencia sexual es de 23.82 por ciento y se incrementa a 74.36 por ciento entre las víctimas de violencia sexual; finalmente, entre las que no sufren violencia económica la prevalencia de violencia psicológica es de 24.25 por ciento, pero entre víctimas de violencia económica esta prevalencia aumenta a 77.57 por ciento (en todos los pares comparados de este cuadro, la prueba de chi-cuadrada resulta significativa, con un valor de $p=0.000$). Los contrastes son igualmente significativos para las prevalencias de violencia física y sexual. Por ejemplo, la prevalencia de violencia sexual es de 2.62 por ciento entre estudiantes que no experimentan violencia económica, pero sube a 22.43 por ciento entre las que sí sufren esta última. Los datos para la violencia económica son igualmente contrastantes, si bien, como reportamos más arriba, la prevalencia de esta forma de violencia es mucho más baja en comparación con las anteriores.

En el Cuadro 3.4 se puede comparar la prevalencia de las diferentes formas de violencia, según diversos valores de las principales variables independientes de esta investigación. En el Cuadro 3.5 se presentan los resultados del análisis de regresión logística bivariada con las mismas variables. Por tanto, en lo que sigue nos referiremos al Cuadro 3.4 cuando se trate de porcentajes, y al Cuadro 3.5 cuando sea a riesgos relativos, salvo en el caso del análisis de regresión logística bivariada de los índices de poder, autonomía sexual e ideología de roles de género, presentados en un cuadro aparte.

En el Cuadro 3.4 se observa que, en relación con la *edad de las estudiantes*, las de 14 o 15 años –las más jóvenes– presentan una prevalencia menor en las cuatro formas de violencia, en comparación con las que tienen 16 o 17 años, y 18 años y más. En el rubro de la violencia psicológica y la física, la relación entre prevalencia y edad es directa: a mayor edad, mayor preva-

lencia ($p<.05$). En el renglón de violencia sexual se mantiene esta relación, sólo que la prevalencia es igual para los dos grupos superiores de edad. Y en el de la violencia económica, la prevalencia del grupo intermedio (16-17 años) es un poco superior a la del grupo de mayor edad, y ciertamente ambas son mayores a la del grupo de 14-15 años ($p<.05$). Las mismas tendencias se aprecian en el Cuadro 3.5 en relación con los riesgos relativos. Destaca en particular el de la violencia sexual, donde las estudiantes de 16 años y más tienen un riesgo dos veces superior de sufrir esta forma de violencia en comparación con las de 15 años y menos ($p<.05$).

En relación con las personas *con quienes viven las estudiantes*, en el Cuadro 3.4 se muestra que aquellas que viven con sus padres presentan una menor prevalencia de los cuatro tipos de violencia, en comparación con las que viven sólo con uno de sus padres o con otras personas. Sin embargo, esta diferencia sólo es estadísticamente significativa para el rubro de la violencia física ($p<.05$). El Cuadro 3.5 nos indica que las estudiantes que viven con personas diferentes a sus padres tienen un riesgo 1.4 veces mayor de sufrir violencia física que las que viven con ambos padres ($p<.05$).

Como ya señalamos, la pertenencia a un club privado y el grado de hacinamiento (número promedio de personas que en la vivienda por cuarto que se usa para dormir) son variables indicativas del nivel socioeconómico de las entrevistadas. En el Cuadro 3.4 se muestra que en el rubro de la *pertenencia a un club privado*, tanto la violencia psicológica como la física existe una prevalencia mayor entre aquellas que sí cuentan con este beneficio, que entre las que no lo tienen. Sin embargo, mientras que la diferencia de prevalencias en el renglón de la violencia psicológica es estadísticamente significativa ($p<.000$), la diferencia en el caso de la violencia física no lo es estrictamente hablando ($p=.055$). En las otras dos formas de violencia (sexual y económica) tampoco se registran diferencias significativas. En el Cuadro 3.5 se indica que aquellas jóvenes que pertenecen a un club privado tienen un riesgo 1.3 veces superior de sufrir violencia psicológica en comparación

con las que no pertenecen a ninguno ($p=0.000$). En las otras tres formas de violencia, en cambio, no se presentan diferencias significativas en relación con riesgos relativos según su pertenencia a un club privado.

En el rubro *nivel de hacinamiento* (véase Cuadro 3.4), sólo la violencia psicológica registra diferencias marginalmente significativas en su prevalencia según esta variable, observándose que aquellas mujeres con un nivel de hacinamiento medio-alto (y por tanto, un nivel socioeconómico más bajo en comparación con las demás), presentan la prevalencia más alta ($p=.051$). Para las otras tres formas de violencia, en cambio, no se registra ninguna diferencia estadísticamente significativa al comparar los diversos niveles de hacinamiento. Sin embargo, en términos de riesgos relativos (véase Cuadro 3.5) no se registra, estrictamente hablando, ninguna diferencia estadísticamente significativa.

En la *condición laboral* de las estudiantes (véase Cuadro 3.4) la tendencia es sorprendente. En las cuatro formas de violencia la prevalencia es mayor entre aquellas estudiantes que trabajan además de estudiar, en comparación con las que sólo se dedican a estudiar de tiempo completo y exclusivo; y esta diferencia es estadísticamente significativa en el caso de la violencia psicológica ($p<.05$), sexual y económica ($p<.001$). El Cuadro 3.5 confirma que las estudiantes que trabajan tienen, efectivamente, 1.5 veces más riesgos de sufrir violencia psicológica ($p=0.001$), 2.7 veces más de padecer violencia sexual ($p=0.000$), y 3.1 veces más de sufrir violencia económica, que las que no trabajan.

En la sección anterior reportamos que cerca de 52 por ciento de las entrevistadas señala que *consume alcohol* en algún grado. De ese porcentaje, cerca de 30 por ciento consume alguna bebida alcohólica de tres a cinco veces por semana, proporción a la que denominamos “consumo alto”. En el Cuadro 3.4 se evidencia una clara asociación entre el hecho de tener un consumo alto de alcohol y la prevalencia de las cuatro formas de violencia.

La prevalencia de violencia psicológica sube de 27 a 37 por ciento cuando se compara a las que no consumen alcohol o tienen un consumo bajo, con las de un consumo alto ($p<.000$). En el mismo tenor, la prevalencia de violencia física se incrementa de 17 a 26 por ciento ($p<.000$), la de violencia sexual sube de 3 a 5 por ciento ($p=.042$), y la prevalencia de violencia económica, de 2 a 3 por ciento ($p=.013$), como se confirma en el Cuadro 3.5. Entre las estudiantes con un alto consumo de alcohol, el riesgo de sufrir violencia psicológica es 1.6 veces mayor, y el de violencia física 1.8 veces más respecto a las estudiantes con un bajo o nulo consumo de alcohol ($p=0.000$): De igual manera, entre las estudiantes con un alto consumo de alcohol el riesgo de sufrir violencia sexual es 1.5 veces mayor, y el de padecer violencia económica de 1.9 veces más, en comparación con las que no consumen alcohol o tienen un bajo consumo ($p<.05$).

Si bien, como señalamos en la sección anterior, la proporción de estudiantes que reportó *consumir algún tipo de droga* es relativamente baja (4 por ciento), es notable la asociación entre esta práctica y la violencia de género. La prevalencia de violencia física, sexual y económica es mucho más alta en este pequeño grupo de estudiantes en comparación con aquellas que no consumen drogas ($p<.000$ para las violencias física y sexual, y $p<.05$ para violencia económica). En el caso de la violencia psicológica la tendencia es similar, pero la diferencia no es estadísticamente significativa, como se observa en el Cuadro 3.5. El riesgo de violencia física es 1.9 veces mayor ($p=0.000$), el de violencia sexual, 2.6 veces ($p=0.001$), y el de violencia económica 2.3 veces más ($p<.05$) entre las que tienen un alto consumo de alcohol en comparación con las que tienen un bajo o nulo consumo.

Otra variable asociada significativamente a una mayor prevalencia de las cuatro formas de violencia es el hecho de *haber tenido ya relaciones sexuales*. Para los cuatro casos de violencia (véase Cuadro 3.4), la prevalencia es de por lo menos el doble en comparación con aquellas que aún no se han iniciado sexualmente ($p<.000$). Los datos del Cuadro 3.5 confirman que el

riesgo de sufrir violencia psicológica y física es 2.5 veces mayor, el de violencia económica se incrementa 2.8 veces más y, de manera notable, el de la violencia sexual 5 veces mayor entre aquellas que ya han tenido relaciones sexuales en comparación con las que no las han tenido (en todos los casos, $p=0.000$).

Sin embargo, como en el caso de otras variables ya mencionadas –en particular *con quién vive* la entrevistada, y su *condición laboral*— no es fácil anticipar alguna explicación plausible a estas asociaciones. Nada más ajeno a nuestra intención que plantear que el pleno ejercicio de la sexualidad es un factor de riesgo ante la violencia para las estudiantes de bachillerato y que por ende es una experiencia que debería ser evitada. Si bien es cierto que el ejercicio sexual abre nuevos espacios e interacciones en la relación de noviazgo, en los cuales la violencia (no sólo sexual) podría tener cabida, ello ocurre igualmente con todas las experiencias y relaciones que se van incorporando a lo largo de la vida (como escuela, amistades, trabajo, paternidad-maternidad, etc.). Un análisis equivocado nos llevaría a concluir que la salida es privarse *en general* de esos espacios y experiencias para evitar riesgos como la violencia. En cambio, el análisis adecuado nos exige profundizar en el estudio científico del tema para identificar mejor los factores que *en particular* facilitan la aparición de la violencia, con el fin de centrar de manera precisa las intervenciones preventivas en ellos. Por otra parte, en el marco de los estereotipos sexuales tradicionales, no es extraño que el estatus de “sexualmente activa” de la mujer sea (mal)interpretado como una condición frente a la cual el control masculino debe ser particularmente claro. En todo caso, lo único que podemos señalar con certeza en este punto, es la necesidad de profundizar en su análisis y continuar con este tipo de investigaciones para dar con las respuestas correctas.¹⁴

El hecho de *haber estado embarazada* alguna vez también se asocia de manera significativa con una mayor prevalencia de la violencia psicológica y sexual, tal como se aprecia en el Cuadro 3.4 ($p<.05$). No existe ningún patrón claro, en cambio, en relación con la violencia física y económica. Lo mismo se advierte para los riesgos relativos de violencia psicológica y violencia sexual, que son 1.7 y 1.9 veces superiores, respectivamente, entre las que ya han estado embarazadas en comparación con las que no lo han estado ($p<.05$) (véase Cuadro 3.5).

Otra variable (véase Cuadro 3.4) que también está claramente asociada con una mayor prevalencia de las cuatro formas de violencia, es la que se refiere a la *existencia de maltratos dentro de la familia* de las entrevistadas

¹⁴ Por lo demás, no debemos perder de vista que en esta sección estamos presentando sólo un análisis de prevalencia a nivel bivariado. El análisis de regresión múltiple, que elaboraremos más adelante, nos permitirá identificar con más precisión el peso real de cada variable, controlando por todas las demás, en la predicción de los niveles de riesgo frente a las diversas formas de violencia.

($p < .001$ para violencia psicológica, física y sexual, y $p < .05$ para violencia económica). En el Cuadro 3.5 se confirma esta tendencia: el riesgo para las jóvenes que reportan maltratos dentro de la familia es 1.7 veces mayor en el caso de la violencia psicológica, 1.1 veces mayor en el de la violencia física, y 1.9 veces mayor en el de la violencia sexual ($p = 0.000$), así como 1.5 veces mayor en el caso de la violencia económica ($p < .05$), en comparación con aquellas que no reportan malos tratos en su casa. A diferencia de algunas de las variables anteriormente mencionadas, aquí la explicación se antoja más evidente: es posible que esta variable sea una expresión de contextos de mayor tolerancia hacia la violencia en el que viven algunas de las entrevistadas. El hecho de pasar la vida diaria en tales contextos podría estar favoreciendo el desarrollo de esas mismas formas de tolerancia, o incluso de ciertos estilos de resolución de problemas en las nuevas relaciones que establecen las estudiantes, particularmente con sus novios y/o “frees”.

Es notable que el *nivel educativo del novio* no introduce ninguna diferencia estadísticamente significativa en cuanto a la prevalencia de las cuatro formas de violencia (véase Cuadro 3.4). Esto es, independientemente de que el novio tenga un nivel educativo inferior a la preparatoria, de preparatoria, o superior, las prevalencias para los cuatro tipos de violencia son semejantes en términos estadísticos. En el Cuadro 3.5 tampoco se reporta un riesgo diferencial estadísticamente significativo para ninguna de las cuatro formas de violencia.

En contraste con lo anterior, la duración del noviazgo sí es un factor que introduce diferencias en las prevalencias. La violencia psicológica y física aumentan su prevalencia en forma directa, conforme la duración del noviazgo aumenta ($p < .001$). En el caso de la violencia económica también hay diferencia, pero al parecer sólo entre aquellas que llevan un año de duración en comparación con las que llevan un tiempo menor ($p < .05$). La prevalencia de la violencia sexual, en cambio, no parece estar asociada a la duración del noviazgo ($p > .05$). El Cuadro 3.5 confirma que el riesgo de sufrir violencia psicológica y física se incrementa 2.3 veces entre aquellas estudiantes que llevan más de un año con su novio o “free”, en comparación con las que llevan menos de un año ($p = 0.000$), mientras que para la violencia sexual y la violencia económica las diferencias significativas en sus prevalencias sólo se dan entre las que llevan un año con su pareja y aquellas que llevan menos de un año (en ambos casos, $p < .05$).

Por otra parte, una primera forma de examinar la posible relación entre estos tres *índices* y la violencia contra la mujer, consiste en explorar las variaciones que presenta la prevalencia de las distintas formas de violencia al hacer variar el valor de los índices. Para ello es conveniente utilizar la modalidad categórica de dichos índices, donde cada categoría representa un tercio exacto de los valores de la variable continua (como mencionamos en el capítulo-

lo anterior, como variable continua el valor de los índices va de 0 a 1). Así, para los tres índices, el nivel 1 corresponde al rango de valores de 0 a 0.33; el nivel 2 al de los valores entre 0.34 a 0.66; y el nivel 3, a los de 0.67 a 1. En el Cuadro 3.4 se aprecian las variaciones que presenta la prevalencia de cada tipo de violencia cuando ascendemos en el valor de los índices así categorizados.

Examinemos primero el *índice de poder de decisión*. Se aprecia en el cuadro que la prevalencia de las cuatro formas de violencia decrece de manera estadísticamente significativa en la medida en que el nivel de los índices aumenta (en los cuatro casos, $p < 0.001$). Así, la prevalencia de violencia psicológica pasa de 88 por ciento entre aquellas estudiantes que tienen un nivel bajo en el índice de poder de decisión, a 37 por ciento entre aquellas de nivel medio, y a 29 por ciento entre aquellas que cuentan con un alto nivel en este índice (nivel 3). En el mismo sentido, la violencia física desciende de 47 a 24 por ciento, y luego a 19 por ciento; la violencia sexual desciende de 35 a 4 por ciento, y luego a 3 por ciento; y finalmente, la prevalencia de la violencia económica pasa de alrededor de 24 a 3 por ciento, y de ahí a 2 por ciento. Las diferencias más pronunciadas se dan entre las estudiantes con el índice de poder de decisión más bajo (nivel 1) en comparación con las que tienen el nivel 2 o intermedio.

El comportamiento de las prevalencias de violencia es semejante con relación al *índice de autonomía sexual*, con algunas variantes. En la sección central del mismo Cuadro 3.4 se indica que la prevalencia de la violencia psicológica decrece sistemáticamente en la medida en que el nivel en el índice pasa de bajo a medio y de medio a alto ($p = 0.006$). Lo mismo ocurre con la violencia sexual, cuya prevalencia decrece de 36 a 7 por ciento, al pasar del nivel bajo al medio, y de ahí al 6 por ciento al pasar al nivel alto ($p = 0.000$). Sin embargo, la primera variante a considerar en comparación con el índice anterior, se refiere a la violencia física. De acuerdo con el Cuadro 3.4 la prevalencia de violencia física es de 57 por ciento entre las

estudiantes con un índice de autonomía sexual de nivel 1, mientras que dicha proporción decrece significativamente a 27 por ciento entre las que tienen un índice de nivel 2, para terminar en 28 por ciento (ligeramente superior a la anterior) entre las que tienen nivel 3 ($p < 0.05$). La segunda variante se presenta en el renglón de la violencia económica, donde los cambios en la prevalencia al cambiar de nivel no son estadísticamente significativos ($p > 0.05$).

En cuanto a la influencia del *índice de ideología de roles de género* es visible sólo en los casos de violencia psicológica ($p = 0.000$) y sexual ($p < 0.05$), mientras que los cambios en las prevalencias de las otras dos formas de violencia (física y económica), si bien siguen presentando una tendencia a la baja a medida que ascendemos de nivel, no son estadísticamente significativos ($p > 0.05$).

Un análisis de regresión bivariado nos permite profundizar en torno al vínculo que guardan entre sí estas variables. En el Cuadro 3.6 se presentan los resultados para los índices de *poder de decisión*, de *autonomía sexual* y de *ideología de roles de género*, donde por cada punto que se incrementa el índice de poder de decisión *disminuyen*¹⁵ los riesgos de sufrir:

- violencia psicológica en 73 por ciento
- violencia física en 78 por ciento
- violencia sexual en 81 por ciento
- violencia económica en 86 por ciento

¹⁵ En todos los casos $p = 0 < .001$

El índice de *autonomía sexual* presenta asociaciones significativas sólo con violencia psicológica y violencia sexual. De acuerdo con el Cuadro 3.6 por cada punto que se incrementa dicho índice disminuye también el riesgo de sufrir:

- violencia psicológica en 67 por ciento ($p=.01$) y
- violencia sexual en 90 por ciento ($p=.013$).

No existe, en cambio, ninguna variación significativa con respecto a las otras dos formas de violencia, la física y la económica.

Finalmente, el comportamiento del índice de *ideología de roles de género* es similar al del índice de autonomía sexual. Por cada punto que se incrementa este índice, el riesgo de sufrir violencia:

- psicológica disminuye 77 por ciento ($p=.000$), y
- sexual disminuye 82 por ciento ($p=.023$).

Y, como en el caso anterior, tampoco existe ninguna variación significativa con respecto a la violencia física y la económica.

Cabe entonces advertir que los datos son reveladores: a reserva de profundizar más en el examen de los datos mediante la realización del aná-

lisis multivariado correspondiente, tenemos aquí elementos para señalar que tanto la violencia psicológica como la sexual disminuyen en la medida en que las estudiantes entrevistadas cuentan con un índice mayor de cualquiera de los tres tipos (de poder de decisión, de autonomía sexual y de ideología de roles de género). Por tanto, no es aventurado afirmar que la promoción de estas dimensiones de empoderamiento en las mujeres constituye una buena vía para prevenir estas cuatro formas de violencia.

Otra forma de explorar la relación entre los índices de poder de decisión, de autonomía sexual y de ideología de roles de género con la violencia hacia la mujer, estriba en comprobar que adoptan valores diferentes según si las mujeres entrevistadas sufren o no cada uno de los cuatro tipos de violencia, como se aprecia en el Cuadro 3.7. Una prueba de *t* de student basta, entonces, para comprobar si las medias son diferentes estadísticamente.

En este mismo Cuadro (3.7), el valor medio en el índice de *poder de decisión* es siempre menor entre las mujeres que sufren cualquiera de las cuatro formas de violencia, en comparación con aquellas que no la padecen (en los cuatro casos $p<.001$). Ello puede ser indicativo tanto de que el poder de decisión entre las estudiantes que sufren violencia es, efectivamente, menor en comparación con las que no la sufren, y que por eso están más expuestas a este riesgo, como que, por efecto de la relación de violencia que viven, han disminuido su poder de decisión. En este trabajo sólo haremos referencia a la primera alternativa.

En relación con el índice de *autonomía sexual* el panorama es un poco diferente. Los datos muestran que las medias son efectivamente distintas en los casos de las violencias psicológica y sexual ($p < .05$). Como en el índice anterior, ello puede ser indicativo tanto de que una autonomía sexual comparativamente disminuida es un factor de riesgo para la violencia psicológica y sexual, como que, a la inversa, el hecho de sufrir ambas formas de violencia impacte directamente disminuyendo la autonomía en ese campo. No deja de resaltar el hecho de que, en contraste, los índices de autonomía sexual sean prácticamente iguales (pues no hay diferencia estadísticamente significativa entre ellos) al comparar a aquellas estudiantes que sufren violencia física y violencia económica, con aquellas que no las padecen. Ello podría ser indicativo de que la autonomía sexual se asocia de manera más intensa con ciertas formas de violencia (psicológica y sexual), y más débilmente con otras (física y económica).

Finalmente, es notable que el índice de *ideología de roles de género* sigue un patrón parecido al índice de autonomía sexual. En efecto, el valor promedio en el índice es claramente menor entre aquellas mujeres que sufren violencia psicológica ($p < .001$), como entre aquellas que sufren violencia sexual ($p < .05$). La violencia física también podría estar asociada a una diferencia en este índice, toda vez que el valor de p excede apenas ligeramente el nivel convencional de significancia estadística (.0577). En cambio, no existe diferencia significativa en el nivel medio del índice al comparar a aquellas que sufren violencia económica con aquellas que no. Como en el caso de los dos índices anteriores, la dirección causal entre ambas variables puede correr en los dos sentidos.

Cuadro 3.1 Proporción de estudiantes según el número de violencias que sufren

Número de violencias	Cantidad	%
Ninguna	3 544	68.9
Una	922	17.9
Dos	554	10.8
Tres	111	2.2
Cuatro	12	0.2
Total	5 143	100.0

Cuadro 3.2 Proporción de estudiantes según los diversos tipos de violencias que sufren.

Tipo de violencia	Cantidad	Porcentaje
Ninguna	3 544	68.9
Psicológica	647	12.6
Física	237	4.6
Sexual	26	0.5
Económica	12	0.2
Psicológica y Física	476	9.3
Psicológica y Sexual	36	0.7
Psicológica y Económica	27	0.5
Física y Sexual	8	0.2
Física y Económica	6	0.1
Sexual y Económica	1	0.0
Psicológica, Física y Sexual	62	1.2
Psicológica, Física y Económica	38	0.7
Física, Sexual y Económica	5	0.1
Psicológica, Sexual y Económica	6	0.1
Psicológica, Física, Sexual y Económica	12	0.2
Total	5 143	100

Cuadro 3.3 Prevalencia de cada tipo de violencia según la presencia de alguna otra forma de violencia*

Prevalencias de	Presencia de violencia psicológica		Presencia de violencia física		Presencia de violencia sexual		Presencia de violencia económica	
	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí
Violencia psicológica			16.66	69.67	23.82	74.36	24.25	77.57
Violencia física	6.67	45.09			15.18	55.77	15.55	57.01
Violencia sexual	1.04	8.9	1.61	10.31			2.62	22.43
Violencia económica	0.63	6.37	1.07	7.23	1.66	15.38		

* En todos los casos, $p=0.000$. Los valores reportados son prevalencias de los distintos tipos de violencias para distintos subgrupos de la población (definidos por la presencia o no de un segundo tipo de violencia). Las prevalencias reportadas en las columnas de Sí y No en cada caso no son complementarias (y en tal sentido no pueden sumar 100), ya que reflejan la extensión de cada tipo de violencia en distintos subgrupos de la población. La lectura adecuada del cuadro es por renglones: la prevalencia de violencia psicológica entre mujeres que no experimentan violencia física es de 16.66 por ciento; mientras que la prevalencia de violencia psicológica entre mujeres que sí experimentan violencia física es de 69.67 por ciento. Y así sucesivamente.

Cuadro 3.4 Prevalencias de las cuatro formas de violencia, según diversas variables.

	Violencia Psicológica				Violencia Física				Violencia Sexual				Violencia Económica			
	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)
Edad																
14-15 años	77.13	22.87	100.0		87.01	12.99	100.0		98.17	1.83	100.0		98.66	1.34	100.0	
16-17 años	73.64	26.36	100.0		82.22	17.78	100.0		96.4	3.6	100.0		97.51	2.49	100.0	
18 y más años	72.84	27.16	100.0		81.03	18.97	100.0		96.41	3.59	100.0		97.84	2.16	100.0	
Total	74.65	25.35	100.0	p=0.018	83.59	16.41	100.0	p=0.000	96.97	3.03	100.0	p=0.003	97.92	2.08	100.0	p=0.034
Con quién vive																
Ambos padres	74.62	25.38	100.0		84.26	15.74	100.0		97.01	2.99	100.0		97.93	2.07	100.0	
Uno de los padres	73.12	26.88	100.0		80.54	19.46	100.0		96.91	3.09	100.0		97.73	2.27	100.0	
Otras personas	71.63	28.37	100.0		79.43	20.57	100.0		96.45	3.55	100.0		97.87	2.13	100.0	
Total	74.16	25.84	100.0	p=0.387	83.27	16.73	100.0	p=0.004	96.96	3.04	100.0	p=0.87	97.89	2.11	100.0	p=0.928
Pertenece a un club																
No	75.54	24.46	100.0		83.95	16.05	100.0		97.16	2.84	100.0		97.84	2.16	100.0	
Sí	70.58	29.42	100.0		81.7	18.3	100.0		96.41	3.59	100.0		98.17	1.83	100.0	
Total	74.13	25.87	100.0	p=0.000	83.31	16.69	100.0	p=0.055	96.95	3.05	100.0	p=0.165	97.93	2.07	100.0	p=0.453
Nivel de hacinamiento																
Medio-Alto	73.28	26.72	100.0		82.72	17.28	100.0		97.37	2.63	100.0		97.79	2.21	100.0	
Bajo	75.74	24.26	100.0		84.23	15.77	100.0		96.58	3.42	100.0		98.12	1.88	100.0	
Total	74.31	25.69	100.0	p=0.051	83.35	16.65	100.0	p=0.159	97.04	2.96	100.0	p=0.102	97.93	2.07	100.0	p=0.42
Condición laboral																
No trabaja	74.65	25.35	100.0		83.54	16.46	100.0		97.21	2.79	100.0		98.14	1.86	100.0	
Trabaja	66.34	33.66	100.0		82.2	17.8	100.0		92.88	7.12	100.0		94.5	5.5	100.0	
Total	74.13	25.87	100.0	p=0.001	83.45	16.55	100.0	p=0.541	96.93	3.07	100.0	p=0.000	97.91	2.09	100.0	p=0.000

CONTINUACIÓN DE CUADRO 3.4

	Violencia Psicológica				Violencia Física				Violencia Sexual				Violencia Económica			
	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)
Consumo de alcohol																
Nulo o bajo	72.95	27.05	100.0		83.15	16.85	100.0		96.55	3.45	100.0		98.2	1.8	100.0	
Alto	62.85	37.15	100.0		73.58	26.42	100.0		94.93	5.07	100.0		96.7	3.3	100.0	
Total	69.94	30.06	100.0	p=0.000	80.3	19.7	100.0	p=0.000	96.07	3.93	100.0	p=0.042	97.75	2.25	100.0	p=0.013
Consumo de drogas																
No	74.33	25.67	100.0		83.72	16.28	100.0		97.03	2.97	100.0		98	2	100.0	
Sí	69.12	30.88	100.0		73.53	26.47	100.0		92.65	7.35	100.0		95.59	4.41	100.0	
Total	74.11	25.89	100.0	p=0.096	83.29	16.71	100.0	p=0.000	96.85	3.15	100.0	p=0.000	97.9	2.1	100.0	p=0.018
Ha tenido relaciones sexuales																
No	79.27	20.73	100.0		87.23	12.77	100.0		98.49	1.51	100.0		98.55	1.45	100.0	
Sí	60.57	39.43	100.0		72.76	27.24	100.0		92.8	7.2	100.0		96.04	3.96	100.0	
Total	74.12	25.88	100.0	p=0.000	83.25	16.75	100.0	p=0.000	96.92	3.08	100.0	p=0.000	97.86	2.14	100.0	p=0.000
Ha estado embarazada																
No	61.49	38.51	100.0		72.86	27.14	100.0		93.03	6.97	100.0		96.02	3.98	100.0	
Sí	49.06	50.94	100.0		71.7	28.3	100.0		87.74	12.26	100.0		96.23	3.77	100.0	
Total	60.49	39.51	100.0	p=0.012	72.77	27.23	100.0	p=0.796	92.6	7.4	100.0	p=0.046	96.03	3.97	100.0	p=0.915
Hay maltratos en su familia																
No	76.94	23.06	100.0		85.04	14.96	100.0		97.41	2.59	100.0		98.06	1.94	100.0	
Sí	64.77	35.23	100.0		77.73	22.27	100.0		95.3	4.7	100.0		97.07	2.93	100.0	
Total	74.17	25.83	100.0	p=0.000	83.38	16.62	100.0	p=0.000	96.93	3.07	100.0	p=0.000	97.84	2.16	100.0	p=0.044

CONTINUACIÓN DE CUADRO 3.4

	Violencia Psicológica				Violencia Física				Violencia Sexual				Violencia Económica			
	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)
Nivel educativo del novio																
Menos de preparatoria	69.23	30.77	100.0		76.92	23.08	100.0		96.15	3.85	100.0		97.12	2.88	100.0	
Preparatoria	71.1	28.9	100.0		79.69	20.31	100.0		96.42	3.58	100.0		97.61	2.39	100.0	
Más de preparatoria	66.85	33.15	100.0		79.71	20.29	100.0		95.83	4.17	100.0		97.1	2.9	100.0	
Total	70.02	29.98	100.0	p=0.158	79.47	20.53	100.0	p=0.638	96.27	3.73	100.0	p=0.817	97.46	2.54	100.0	p=0.760
Duración del noviazgo																
Menos de un año	75.49	24.51	100.0		83.94	16.06	100.0		96.81	3.19	100.0		98.05	1.95	100.0	
Un año	60.11	39.89	100.0		71.02	28.98	100.0		94.81	5.19	100.0		96.24	3.76	100.0	
Más de un año	57.04	42.96	100.0		69.72	30.28	100.0		96.13	3.87	100.0		96.48	3.52	100.0	
Total	69.68	30.32	100.0	p=0.000	79.21	20.79	100.0	p=0.000	96.26	3.74	100.0	p=0.101	97.44	2.56	100.0	p=0.038
Índice de Poder de Decisión																
Bajo	11.76	88.24	100.0		52.94	47.06	100.0		64.71	35.29	100.0		76.47	23.53	100.0	
Medio	63.35	36.65	100.0		75.90	24.10	100.0		95.62	4.38	100.0		96.71	3.29	100.0	
Alto	70.74	29.26	100.0		81.62	18.38	100.0		96.55	3.45	100.0		97.55	2.45	100.0	
Total	68.28	31.72	100.0	p=0.000	79.49	20.51	100.0	p=0.000	96.12	3.88	100.0	p=0.000	97.20	2.80	100.0	p=0.000
Índice de Autonomía Sexual																
Bajo	28.57	71.43	100.0			57.14	100.0		64.29	35.71	100.0		85.71	14.29	100.0	
Medio	58.27	41.73	100.0			27.14	100.0		92.93	7.07	100.0		96.58	3.42	100.0	
Alto	65.11	34.89	100.0			27.73	100.0		93.77	6.23	100.0		95.64	4.36	100.0	
Total	59.74	40.26	100.0	p=0.006		27.64	100.0	p=0.045	92.82	7.18	100.0	p=0.000	96.20	3.80	100.0	p=0.089

CONTINUACIÓN DE CUADRO 3.4

	Violencia Psicológica				Violencia Física				Violencia Sexual				Violencia Económica			
	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)	No	Sí	Total	Chi2 (p)
Índice de I. de Roles de Género																
Bajo	65.42	34.58	100.0		80.00	20.00	100.0		6.25	100.0			3.33	100.0		
Medio	71.30	28.70	100.0		82.53	17.47	100.0		3.12	100.0			2.67	100.0		
Alto	75.39	24.61	100.0		83.44	16.56	100.0		2.80	100.0			1.97	100.0		
Total	73.88	26.12	100.0	p=0.000	83.04	16.96	100.0	p=0.341	3.05	100.0	p=0.011		2.21	100.0		p=0.181

Cuadro 3.5 Factores asociados a las distintas formas de violencia. Regresión logística bivariada.

Variable	Violencia psicológica			Violencia física			Violencia sexual			Violencia económica		
	Razón de momios	p	Intervalo de confianza	Razón de momios	p	Intervalo de confianza	Razón de momios	p	Intervalo de confianza	Razón de momios	p	Intervalo de confianza
Edad												
15 o menos	1			1			1			1		
16-17	1.21	0.009	1.05 1.39	1.45	0.000	1.22 1.72	2.00	0.001	1.33 3.02	1.88	0.010	1.16 3.05
18 y más	1.26	0.027	1.03 1.54	1.57	0.000	1.23 1.99	1.99	0.012	1.17 3.42	1.62	0.153	0.83 3.14
Con quién vive												
Ambos padres	1			1			1			1		
Uno de los padres	1.08	0.342	0.92 1.27	1.29	0.005	1.08 1.55	1.03	0.877	0.69 1.55	1.1	0.700	0.68 1.77
Otras personas	1.16	0.268	0.89 1.52	1.39	0.034	1.02 1.87	1.19	0.603	0.62 2.30	1.03	0.945	0.44 2.38
Pertenece a un club												
No	1			1			1			1		
Sí	1.29	0.000	1.12 1.47	1.17	0.055	0.99 1.38	1.27	0.166	0.9 1.79	0.84	0.454	0.54 1.32
Nivel de hacinamiento												
Bajo	1			1			1			1		
Medio-Alto	0.88	0.051	0.77 1	0.89	0.159	0.77 1.04	1.31	0.103	0.95 1.82	0.85	0.420	0.57 1.27
Condición laboral												
No trabaja	1			1			1			1		
Trabaja	1.49	0.001	1.17 1.91	1.10	0.541	0.81 1.48	2.67	0.000	1.67 4.26	3.08	0.000	1.8 5.25

CONTINUACIÓN DE CUADRO 3.5

Variable	Violencia psicológica			Violencia física			Violencia sexual			Violencia económica		
	Razón de momios	p	Intervalo de confianza	Razón de momios	p	Intervalo de confianza	Razón de momios	p	Intervalo de confianza	Razón de momios	p	Intervalo de confianza
Consumo de alcohol												
Nulo o bajo	1			1			1			1		
Alto	1.59	0.000	1.34 1.89	1.77	0.000	1.46 2.15	1.49	0.043	1.01 2.21	1.86	0.015	1.13 3.07
Consume drogas												
No	1			1			1			1		
Sí	1.29	0.097	0.95 1.75	1.85	0.000	1.34 2.55	2.59	0.001	1.49 4.5	2.27	0.022	1.13 4.56
Ha tenido relaciones sexuales												
No	1			1			1			1		
Sí	2.49	0.000	2.17 2.85	2.56	0.000	2.19 2.98	5.06	0.000	3.61 7.1	2.8	0.000	1.9 4.12
Ha estado embarazada												
No	1			1			1			1		
Sí	1.66	0.013	1.11 2.47	1.06	0.796	0.68 1.65	1.86	0.049	1 3.47	0.94	0.916	0.33 2.67

CONTINUACIÓN DE CUADRO 3.5

Variable	Violencia psicológica				Violencia física				Violencia sexual				Violencia económica			
	Razón de momios	p	Intervalo de confianza		Razón de momios	p	Intervalo de confianza		Razón de momios	p	Intervalo de confianza		Razón de momios	p	Intervalo de confianza	
Hay maltratos en su familia																
No	1				1				1				1			
Sí	1.81	0.000	1.57	2.09	1.63	0.000	1.38	1.92	1.86	0.000	1.32	2.61	1.53	0.045	1	2.32
Nivel educativo del novio																
Menos de preparatoria	0.89	0.532	0.63	1.26	1.18	0.401	0.8	1.73	0.92	0.842	0.4	2.09	0.99	0.992	0.38	2.58
Preparatoria	0.82	0.057	0.67	1.01	1.00	0.993	0.79	1.27	0.85	0.528	0.52	1.39	0.82	0.505	0.46	1.47
Más de preparatoria	1				1				1				1			
Duración del noviazgo																
Menos de un año	1				1				1				1			
Un año	2.04	0.000	1.66	2.51	2.13	0.000	1.7	2.68	1.66	0.034	1.04	2.66	1.96	0.020	1.11	3.46
Más de un año	2.32	0.000	1.78	3.01	2.27	0.000	1.7	3.03	1.22	0.552	0.63	2.38	1.83	0.102	0.89	3.8

Cuadro 3.6 Regresiones bivariadas para predecir cada tipo de violencia, según índice de poder de decisión e índice de autonomía sexual.

Tipo de violencia	Índice de poder de decisión				Índice de autonomía sexual				Índice de Ideología de roles de género			
	Razón de momios	Intervalo de confianza		p	Razón de momios	Intervalo de confianza		p	Razón de momios	Intervalo de confianza		p
		Inferior	Superior			Inferior	Superior			Inferior	Superior	
Psicológica	0.265971	0.176686	0.400374	0.000	0.3284405	0.140774	0.766286	0.010	0.226113	0.116149	0.440184	0.000
Física	0.221328	0.130353	0.375794	0.000	0.5374855	0.183552	1.573894	0.257	0.5308047	0.240846	1.16985	0.116
Sexual	0.192913	0.076279	0.487884	0.001	0.1020508	0.01682	0.619176	0.013	0.1807071	0.041243	0.791775	0.023
Económica	0.144627	0.049111	0.425915	0.000	0.5899449	0.065846	5.28563	0.637	0.3133121	0.049731	1.97392	0.217

Cuadro 3.7 Comparación de medias en los índices de poder de decisión, autonomía sexual e ideología de roles de género, según si las entrevistadas experimentan o no cada tipo de violencia

Tipo de violencia	Poder de decisión	Autonomía sexual	Ideología de roles de género
Psicológica			
No	0.7799679	0.6005533	0.9565523
Sí	0.7394779	0.5795501	0.9429353
Diferencia de medias	0.04049	0.0210031	0.013617
p	p> t = 0.0000	p> t = 0.0097	p> t = 0.0000
Física			
No	0.7738336	0.5942308	0.9539252
Sí	0.7259375	0.5825893	0.9457955
Diferencia de medias	0.0478961	0.0116415	0.0081297
P	p> t = 0.0000	p> t = 0.2574	p> t = 0.0577
Sexual			
No	0.7692092	0.5948444	0.9535478
Sí	0.7155075	0.5563218	0.935461
Diferencia de medias	0.0537016	0.0385226	0.0180868
P	p> t = 0.0004	p> t = 0.0126	p> t = 0.0224
Económica			
No	0.7689001	0.5924528	0.9532595
Sí	0.7048684	0.5826087	0.9411881
Diferencia de medias	0.0640316	0.0098441	0.0120714
P	p> t = 0.0004	p> t = 0.6374	p> t = 0.1953

5.4 Análisis multivariado

En el Cuadro 4.1 se presentan los resultados del análisis de regresión múltiple que hemos realizado para cada tipo de violencia. Las variables que consideramos son aquellas que resultaron significativas en el análisis bivariado. Sin embargo, en la búsqueda de los mejores modelos de regresión, la decisión de los investigadores está sujeta a varios dilemas. Por una parte, siempre es conveniente tratar de conservar un tamaño de muestra lo más grande posible, lo que obliga a pensar en las variables que incluyen a toda o la mayoría de la población entrevistada. Por otra parte, siempre interesa incluir las variables más relevantes, es decir, aquellas que en el análisis bivariado se revelaron como las más significativamente asociadas con las variables dependientes, es decir, con el riesgo de sufrir las diversas formas de violencia. Algunas de esas variables, sin embargo, existen sólo para una submuestra de la población total entrevistada, tal es el caso, por ejemplo, del índice de autonomía sexual. Las preguntas que se usaron para construir este índice se aplicaron sólo a aquellas estudiantes que respondieron que ya habían iniciado su vida sexual (26.5 por ciento del total). En consecuencia, de haber incluido este índice en el modelo final, habríamos visto el tamaño de la “n” muy disminuido. Por último, siempre es deseable buscar una pseudo R^2 o porcentaje de la varianza explicado lo más alto posible. Al examinar los diversos modelos también hemos debido tomar en cuenta esta consideración para nuestra decisión final. Por tanto, los modelos que presentamos no son los únicos posibles, pero sí son los que, a nuestro juicio, expresan el mejor equilibrio entre los dilemas ya mencionados.

De acuerdo con el Cuadro 4.1 son cinco las variables que juegan un papel importante en la predicción del riesgo de sufrir *violencia emocional*. En primer lugar, las estudiantes que afirmaron tener maltratos en su propia familia poseen un riesgo casi 1.5 veces mayor de sufrir violencia emocional con su novio o “free” que aquellas que no reportaron esta problemática ($p < 0.05$). De la misma manera, aquellas que dijeron tener un consumo de alcohol

alto su riesgo de padecer violencia emocional se incrementa 1.6 veces más que aquellas con un consumo de alcohol medio o bajo: similarmente las estudiantes que ya iniciaron su vida sexual tienen un riesgo 1.6 veces mayor al correspondiente a las que no han tenido relaciones sexuales ($p < 0.01$).

Si bien la asociación entre consumo alto de alcohol y violencia emocional parece fácilmente explicable, el caso es mucho más complejo cuando se pretende ofrecer una explicación para la asociación entre ya iniciada sexualmente y la violencia emocional. En efecto, no es del todo claro por qué puede existir una asociación entre haber tenido ya relaciones sexuales y sufrir violencia emocional.¹⁶ Una hipótesis que no podemos descartar –pero que tampoco podemos demostrar con la información disponible en este momento– es que sea la existencia de cierta violencia emocional (como presiones o amenazas a la joven para que acepte tener relaciones sexuales) en la pareja lo que conduce a cierto grupo de estudiantes a tener relaciones sexuales con sus parejas. En este caso, no sería el hecho en sí de tener relaciones sexuales lo que explicaría la violencia emocional, sino a la inversa, sería esta última la que explicaría aquella. La hipótesis no es demostrable porque para establecer *causalidad* necesitamos información longitudinal que no tenemos. Se abre, por tanto, una línea de investigación que no podemos agotar en este primer reporte, que indague las causas de estas diferencias en los índices mencionados y su peso relativo en la explicación del riesgo diferencial de las estudiantes que ya han tenido relaciones sexuales *versus* las que no las han tenido, en relación con la violencia emocional.

¹⁶ Sería ideal poder comparar las medias del índice de autonomía sexual entre las estudiantes que no han tenido *versus* las que ya han tenido relaciones sexuales. Podríamos así estimar si el grado de autonomía sexual se asocia con la decisión de iniciarse sexualmente. Este cálculo, sin embargo, es imposible, debido a que las preguntas que sirvieron para elaborar el índice de autonomía sexual sólo se aplicaron entre aquellas que declararon ya haber tenido relaciones sexuales. Carecemos entonces de información del grupo de comparación.

La duración del noviazgo también se asocia de manera directa con el riesgo de tener violencia emocional: aquellas que llevan un año con su novio tienen casi 1.7 veces más riesgo de sufrir violencia emocional ($p < 0.01$), mientras que las que llevan más de un año, este riesgo es 2 veces mayor ($p < 0.001$) en comparación con las que llevan menos de un año con su novio. Finalmente, como cabe esperar, el índice de poder de decisión juega un papel protector con respecto al riesgo de violencia emocional, pues por cada punto de incremento en este índice, disminuye 59 por ciento el riesgo de sufrir este tipo de violencia ($p < 0.05$).

En el caso de la *violencia física*, las variables significativas son en cierta medida coincidentes con las anteriores. Las estudiantes que tienen un consumo de alcohol alto están expuestas a un riesgo casi 1.8 veces mayor de sufrir esta forma de violencia en comparación con aquellas que tienen un consumo medio o bajo ($p < 0.001$). De igual modo, las estudiantes que llevan un año con su novio tienen un riesgo 1.9 veces superior de sufrir violencia física ($p < 0.001$), mientras que las que llevan más de un año tienen un riesgo 2 veces superior de sufrir violencia física ($p < 0.01$) en comparación con aquellas que llevan menos de un año. Y, como en el caso de la violencia emocional, el índice de poder de decisión es un factor protector frente a la violencia física: por cada punto de incremento en el índice disminuye 73 por ciento el riesgo de sufrir esta forma de violencia en el noviazgo ($p < 0.01$).

En este mismo modelo de regresión también aparece la pertenencia a un club privado como un factor de riesgo, pues quienes tienen esta condición poseen un riesgo 1.43 veces superior de sufrir violencia física. Sin embargo, es difícil interpretar esta asociación, pues en todo caso sería indicativa de que las estudiantes mejor acomodadas económicamente son las más expuestas. Obviamente se trata de otra línea de indagación que habrá que profundizar en subsecuentes investigaciones.

En tanto, la *violencia sexual* aparece asociada sólo a dos factores predictivos. Por una parte, aquellas estudiantes que trabajan poseen un riesgo 3.4 veces superior de sufrir violencia sexual en comparación con las que no trabajan ($p < 0.01$).¹⁷ Y, como en el caso de la violencia emocional, las estudiantes que ya han tenido relaciones sexuales están expuestas a un riesgo 3.3 veces superior de sufrir violencia en comparación con las que no se han iniciado sexualmente ($p < 0.01$).

¹⁷ Esta relación ha sido identificada previamente para mujeres mexicanas entre 15 y 50 años de edad, con datos de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones de los Hogares 2003 (ENDIREH), y la Encuesta Nacional de Violencia contra Mujeres Usuarias de Servicios de Salud (ENVIM). Ello sugiere que no se trata de un hallazgo circunstancial.



5.5. Nota sobre la severidad de la violencia

Como señalamos al principio de este trabajo, la intención original era medir no sólo la *prevalencia* de las cuatro formas de violencia, sino también desarrollar una medida que nos permitiera apreciar las variaciones en su *severidad*, así como identificar, mediante un análisis de regresión lineal, las principales variables que se le asocian.

Sin embargo, los resultados obtenidos no nos han permitido hacer grandes progresos en esta dirección. El procedimiento que seguimos consistió en elaborar sendos índices aditivos para cada forma de violencia, y estandarizar las variables continuas resultantes en una escala de 0.001 a 1. Si bien cabe esperar que el número de casos vaya decreciendo, según se vaya incrementando la severidad, lo deseable, para poder operar estadísticamente, es contar con cierta proporción de casos distribuidos a lo largo de toda la escala. Los datos, sin embargo, no han resultado así. Para el rubro de la violencia física, tenemos que 92 por ciento de los casos de adolescentes que sufren violencia se concentran en torno a una severidad menor a 0.15. En el de la violencia sexual, 73 por ciento de las entrevistadas que la sufre, se concentra en un rango de severidad menor a 0.17. En el de la violencia psicológica o emocional, 86 por ciento de las que la padecen se ubican por debajo de una severidad de 0.15. Y para el renglón de la violencia económica, 65 por ciento de las que la sufren tienen una severidad menor a 0.17.

Lo anterior significa que en los cuatro casos la inmensa mayoría de las adolescentes que sufre violencia presentan una severidad muy baja, en el marco de la escala que hemos construido. En estas condiciones, optamos por no seguir con el análisis de la severidad en los términos originalmente planeados, pues carecemos de suficiente información para asegurar resultados confiables.



Cuadro 4.1 Regresión logit. Factores de riesgo de violencia entre estudiantes de Bachillerato SEP y Preparatoria UNAM de diversas entidades del país

Variables explicativas	Emocional		Física		Sexual		Económica	
	RP	Sig.	RP	Sig.	RP	Sig.	RP	Sig.
Edad de la mujer								
14-15 años (ref)	1		1		1		1	
16-17 años	0.9365		1.2435		1.4203		1.8737	
18 años y más	0.9266		1.2781		1.6040		2.4583	
Con quien vive								
Ambos padres (ref)	1		1		1		1	
Uno de los padres	1.1970		1.0670		0.9041		1.0376	
Otros	1.2093		0.6748		0.2677		0.4688	
Hay maltrato en la familia	1.4678	*	1.1103		1.4966		1.2825	
Inscrita en un club	1.1926		1.4261	*	1.0517		1.3368	
Alto hacinamiento en el hogar	0.8269		1.0473		1.4621		0.8359	
Trabaja	1.1505		0.7656		3.4168	**	3.8380	**
Usa drogas	0.7324		1.1799		1.1203		1.1839	
Consumo alto de alcohol	1.5995	**	1.7836	***	0.9548		1.8582	
Ya ha tenido relaciones sexuales	1.5998	**	1.1405		3.3278	**	1.0353	
Duración del noviazgo								
Menos de 1 año (ref)	1		1		1		1	
1 año	1.6796	**	1.9457	***	1.3525		2.4264	*
Más de 1 año	2.0664	***	2.0130	**	0.6711		2.2269	
Poder de Decisión de la mujer (índice)	0.4112	*	0.2687	**	0.2895		1.3221	
Ideología de Roles de Género (índice)	0.3563		1.4342		1.1688		9.5708	
N	1013		1013		1013		1013	
Log-Likelihood	-614.0		-506.3		-171.5		-126.4	
Pseudo R ²	0.0530		0.0518		0.0984		0.0878	

Conclusiones



La investigación que hemos realizado entre las estudiantes de preparatoria y bachillerato privados en diferentes entidades de país, muestra que la violencia de género en las relaciones de noviazgo o entre “frees” constituye una realidad preocupante.

Los principales hallazgos indican que poseer un bajo índice de poder de decisión y un consumo elevado de alcohol, son factores de riesgo para la violencia física y emocional; al igual que la duración de la relación de noviazgo para la violencia física, emocional y económica; haber iniciado ya la vida sexual es un factor de riesgo para la violencia emocional y sexual; el hecho de trabajar es un factor de riesgo para la violencia sexual y económica; y la violencia intrafamiliar, para la violencia emocional en el noviazgo.

Los datos confirman que también entre la población joven que mantiene relaciones de noviazgo o como “frees”, el problema de la violencia de género es una realidad que demanda con urgencia una pronta y eficaz intervención. A esa edad las medidas de prevención y concientización pueden tener un impacto efectivo y duradero para toda la vida. En el contexto de una población estudiantil cautiva, la eficacia de esas medidas también podría ser muy alta.

Los resultados obtenidos en esta investigación muestran con claridad algunas de las rutas que podrían seguir las intervenciones preventivas y de promoción de una vida sin violencia entre las adolescentes estudiadas. Intervenciones orientadas a brindar consejería para aquellas que viven en contextos familiares con violencia; programas de educación encaminados a fortalecer el grado de autonomía sexual y el poder de decisión de las adolescentes; y acciones que promuevan una ideología más igualitaria de roles de género, serían todas ellas estrategias de promoción de la seguridad y la no violencia con una probabilidad de éxito muy alta, a juzgar por los resultados obtenidos, bien porque se vinculan directamente con la violencia, o por su relación al menos indirecta con este problema. Otras intervenciones eficaces deberían estar orientadas a la prevención del consumo de alcohol en grados elevados.

La cuestión ahora es diseñar los programas preventivos más adecuados. Esta debe ser una tarea compartida entre especialistas en el diseño de este tipo de intervenciones y especialistas en la investigación de esta problemática, pues es en la conjunción de las diferentes experiencias profesionales donde radican las mayores probabilidades de éxito para transformar patrones de interacción con desequilibrio de género, y acceder a relaciones sociales y de género más igualitarias.

Anexo I. Un intento no exitoso de estimación de un índice de bienestar social

En la encuesta se incluyen algunas preguntas que podrían permitir establecer una diferenciación respecto al bienestar social de la población analizada (que en principio se entiende como una población muy homogénea de estudiantes de nivel socioeconómico medio). Con el interés de evaluar si algunos de los recursos sobre los que se inquiriere en estas preguntas establecen efectivamente una diferenciación entre estas mujeres, trabajamos con estas preguntas con vistas a elaborar un índice de bienestar social.

En la encuesta hay cuatro preguntas en este sentido, que recodificamos como variables dicotómicas a fin de homogeneizar las escalas de respuestas, y asociamos la categoría más “favorable”. Estas preguntas son:

1. ¿La casa donde vives es? (prestada o rentada = 0, propia =1)
2. ¿Tienen coche en la casa donde viven? (no = 0, sí =1)
3. Normalmente, ¿cómo llegas a la escuela? (caminando, en transporte público, en coche de familiar o amigo, o en transporte de la escuela = 0, en coche propio =1)
4. ¿Estás inscrita tú o alguna de las personas con las que vives en algún club deportivo privado? (no = 0, sí = 1).

La distribución de frecuencias para estas cuatro preguntas (una vez recodificadas como variables dicotómicas) se presenta en el Cuadro A1. En éste, se observa que la mayoría de las mujeres encuestadas vive en casas que pertenecen a sus familias, las cuales cuentan también con al menos un coche, lo que es consistente con nuestra presunción de que se trata de una población de clase media. Sin embargo, sólo 29 por ciento de ellas están inscritas o vive con alguien inscrito en algún club deportivo y sólo 13 por ciento posee coche propio. Podríamos pensar en principio, que estas últimas dos características nos permitirían diferenciar a un subgrupo más privilegiado económicamente del resto de la muestra.

Cuadro A1. Distribución de frecuencias de las preguntas incluidas en el Índice de Bienestar Social (recodificadas).

Pregunta	1	0	Total
1. ¿La casa donde vives es...? (prestada o rentada=0, propia=1)	88.47	11.53	100.00
2. ¿Tienen coche en la casa donde viven? (no= 0, sí=1)	93.72	6.28	100.00
3. Normalmente, ¿cómo llegas a la universidad? (caminando, en transporte público, en coche de familiar o amigo, o en transporte de la universidad = 0, en coche propio = 1)	13.17	86.83	100.00
4. ¿Estás inscrita tú o alguna de las personas con las que vives en algún club deportivo privado? (no = 0, sí = 1)	28.55	71.45	100.00

Sin embargo, los resultados del análisis factorial (véase Cuadro A2) dejan en claro que no hay ninguna coherencia conceptual entre estos cuatro indicadores (expresado en el hecho de que no se recupera ningún factor con eigenvalue mayor a 1), y que por tanto carece de todo sentido intentar construir un indicador que resuma los cuatro ítems. Ello no implica que estas cuatro variables carezcan de relevancia por sí mismas (y por tanto puedan ser analizadas de manera individual en su posible relación con los diversos tipos de violencia), sólo que no están suficientemente relacionadas entre sí y no representan un concepto o factor común.

Debido a estos resultados, desistimos de la idea de construir un índice de bienestar social con base en estas cuatro preguntas y optamos por analizar cada una de estas variables de manera independiente.

Cuadro A2. Método de componentes principales para variables de Bienestar Social. Factores identificados y varianza explicada.

Factor	Eigenvalue	% Varianza	% Acumulado
1	0.2216	3.8720	3.8720
2	-0.0039	-0.0678	3.8043
3	-0.0513	-0.0896	2.9079
4	-0.1092	-1.9079	1.0000



Bibliografía

- Babcock, J.C., Waltz, J., Jacobson, N.S., & Gottman, J.M. (1993), "Power and violence: the relation between communication patterns, power discrepancies, and domestic violence", en *Journal of consulting and clinical psychology* 61(1): pp. 40-50.
- Blanc, A.K. (2001), "The effect of power in sexual relationships on sexual and reproductive health: an examination of the evidence", en *Studies in Family Planning* 32(3): pp. 189-213.
- Bem, S. (1993), *The lenses of gender*, New Haven CT, Yale University Press.
- Bourdieu, P. (1991), *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- _____ (2000), *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu, P., y L.J.D. Wacquant (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México.
- Botello, L. (2006), "La violencia en la construcción de escenarios de salud en la población joven", en R. Lozano, A. del Río, E. Azaola, R. Castro, et al., *Informe Nacional sobre Violencia y Salud*, SSA, México, pp. 53-76.
- Brabant, S. (1988), "Patriarchy as a category of thought", en *Free inquiry in creative sociology* 16(2): pp. 149-152.
- Bronfma, M.; V. Castro, H. Guiscafré, R. Castro, G. Gutiérrez (1988), *La Medición de la Desigualdad: una estrategia metodológica. Análisis de las características socioeconómicas de la muestra*. Archivos de Investigación Médica (Instituto Mexicano del Seguro Social), 19(4): pp. 351-360.
- Capaldi, D. M., & Owen, L. D. (2001), "Physical aggression in a community sample of at-risk young couples: Gender comparisons for high frequency, injury, and fear", en *Journal of Family Psychology*, 15(3): pp. 425-440.
- Casique, I. (2004), "Índices de empoderamiento femenino y su relación con la violencia de género", en Castro, R., Ríquer, F., y Medina, M. E. (coords.) (2004), *Violencia de género en las parejas mexicanas. Resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003*, INMUJERES/INEGI/CRIM, México, pp. 75-107.
- Castro, R. (2004), *Violencia contra mujeres embarazadas. Tres estudios sociológicos*, Cuernavaca, CRIM-UNAM.
- Castro, R., Casique, I., and Brindis, C. (2005), Women's empowerment and physical violence against women through their reproductive lifecourse: findings from the first National Survey on Intimate Partner Violence in Mexico, *Violence Against Women*, en prensa.

- Castro, R.; F. Ríquer y Medina, M. E. (coords.) (2004), *Violencia de género en las parejas mexicanas. Resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2003*, INMUJERES/INEGI/CRIM, México.
- Castro, R., y J. Erviti (2003), "La violación de derechos reproductivos durante la atención institucional del parto: un estudio introductorio", en López, P., B. Rico, A. Langer y P. Espinoza, (comps.), *Género y políticas de salud en México*, UNIFEM/SSA, México, pp. 255-275.
- Curry, M. A., Perrin, N., & Wall, E. (1998), Effects of abuse on maternal complications and birth weight in adult and adolescent women. *Obstetrics & Gynecology*, 92(4), pp. 530-534.
- DeKeseredy, W. S. and Nelly, K. (1993), Woman abuse in the University and College dating relationships: the contribution of the ideology of familial patriarchy, *The Journal of Human Justice* 4(2): pp. 25-52.
- Edleson, J. L. (1999), Children's witnessing of adult domestic violence, *Journal of Interpersonal Violence* 14(8), pp. 839-870.
- Edwards, J. N. (1980), Patriarchy. The last universal, *Journal of family issues* 1(3): pp. 317-337.
- Fox, B.J. (1988), Conceptualizing 'patriarchy', *Canad. Rev. Soc. & Anth.* 25(2): pp. 163-182.
- Foster, H., Hagan, J., & Jeanne, B.-G. (2004), Age, puberty, and exposure to intimate partner violence in adolescence, *Annals New York Academy of Sciences*, pp. 151- 166.
- Gessner, B. D., & Perham-Hester, K. A. (1998), Experience of violence among teenage mothers in Alaska, *Journal of adolescent health*, 22, pp. 383-388.
- Giant, C. L., & Vartanian, L.R. (2003), Experiences with parental aggression during childhood and self-concept in adulthood: the importance of subjective perceptions, *Journal of Family Violence* 18(6): pp. 361-367.
- Johnson, M. P. (1995), Patriarchal terrorism and common couple violence: two forms of violence against women, *Journal of Marriage and the Family* 57: pp. 283-294.
- Halpern, C. T., Oslak, S. G., Young, M. L., Martin, S. L., & Kupper, L. L. (2001), Partner violence among adolescents in opposite-sex romantic relationships: Findings from the national longitudinal study of adolescent health, *American Journal of Public Health*, 91(10), pp. 1679-1685.
- Harner, H. M. (2004), Domestic violence and trauma care in teenage pregnancy: Does paternal age make a difference?, *JOGNN*, 33(3), pp. 312-319.
- Harrykisson, S. D., Rickert, V. I., & Wiemann, C. M. (2002), Pregnant adolescents: Experiences and behaviors associated with physical assault by an intimate partner, *Arch Pediatr Adolesc Med*, 156, pp. 325-330.
- Henderson, A. D., & Jackson, M. (2004), Restorative health: Lessening the impact of previous abuse and violence in the lives of vulnerable girls. *Health Care for Women International*, 25, pp. 794-812.

- Hokoda, A., Ramos-Lira, L., et al. (2006), Reliability of translated measures assessing dating violence among Mexican adolescents, *Violence and Victims* 21(1): pp. 117-127.
- Johnson, R.K. (2006), The National Institutes of Health (NIH) state-of-the-science conference on preventing violence and related health-risking social behaviors in adolescents— A commentary, *J Abnorm Child Psychol* 34(4): pp. 471-492.
- Johnson, S. B., Frattaroli, S., Campbell, J., Wright, J., Pearson-Fields, A. S., & Cheng, T. L. (2005), "I know what love means." gender-based violence in the lives of urban adolescents, *Journal of women's health*, 14(2), pp. 172-179.
- Kaestle, C. E., & Halpern, C. T. (2005), Sexual intercourse precedes partner violence in adolescent romantic relationships, *Journal of adolescent health*, 36, pp. 386-392.
- Kitzinger S. (1992), "Birth and violence against women. Generating hypotheses from women's accounts of unhappiness after childbirth", en Roberts, H. (ed.). *Women's health matters*, Londres, Routledge, pp. 63-80.
- Kollock, P., Blumstein, P., Schwartz, P. (1994), The judgment of equity in intimate relationships, *Social Psychology Quarterly* 57(4): pp. 340-351.
- Langhinrichsen-Rohling, J., Hankla, M., & Stormberg, C.D. (2004), "The relationship behavior networks of young adults: a test of the intergenerational transmission of violence hypothesis", en *Journal of Family Violence* 19(3): pp. 139-151.
- López-Claros, A., y Zahidi, S. (2005), *Women's empowerment: measuring the global gender gap*, World Economic Forum, Geneva.
- Malik, S., Sorenson, S. B., & Aneshensel, C. S. (1997), Community and dating violence among adolescents: Perpetration and victimization, *Journal of adolescent health*, 21: pp. 291-302.
- Markowitz, F.E. (2001), Attitudes and family violence: linking intergenerational and cultural theories, *Journal of Family Violence* 16(2): pp. 205-218.
- Maxwell, C. D., & Maxwell, S. R. (2003), Experiencing and witnessing familial aggression and their relationship to physically aggressive behaviors among filipino adolescents, *Journal of interpersonal violence*, 18(12): pp. 1432-1451.
- McCloskey, L. A. (1996), Socioeconomic and coercive power within the family, *Gender and Society* 10(4): pp. 449-463.
- Oropesa, R.S. (1997), Development and Marital Power in Mexico, *Social Forces* 75(4): pp. 1291-1318.
- Piispa, M. (2004), Age and meanings of violence, *Journal of Interpersonal Violence*, 19(1): pp. 30-48.
- Renker, P. R. (2002), "Keep a blank face. I need to tell you what has been happening to me", en *Teen's stories of abuse and violence before and during pregnancy. MCN*, 27(2), pp. 109-116.
- Richards, J. A. (1991), Battering in a population of adolescent females. *Journal of the american academy of nurse practitioners*, 3(4), pp. 180-186.

- Rivera-Rivera, L., Allen, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R., & Lazcano-Ponce, E. (2006), "Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12-24 años)", en *Salud Pública de México*, 48 (Suplemento 2): S288-S296.
- Rivera, L., Allen, B., et al. (2006a), *Violencia durante el noviazgo y su asociación con depresión y conductas de riesgo: estudiantes femeninas de Morelos, México, mimeo.*
- Rivera, L., Allen, B. et al. (2006b), Prevalence and correlates of adolescent dating violence: baseline study of a cohort of 7,960 male and female Mexican public school students. *Mimeo.*
- Roberts, T. A., Auinger, P., & Klein, J. D. (2005), Intimate partner abuse and the reproductive health of sexually active female adolescents, *Journal of adolescent health*, 36: pp. 380-385.
- Santiago, J. (2005), Personal autonomy: what's content got to do with it? *Social theory ,and practice* 31(1): p. 77.
- Scheiman, L., & M. Zeoli, A. (2003), Adolescents' experiences of dating and intimate partner violence: "once is not enough", *Journal of Midwifery & Women's Health*, 48(3): pp. 226-228.
- Schissel, B. (1997), Boys against girls. The structural and interpersonal dimensions of violent patriarchal culture in the lives of young men, *Violence against women* 6(9): pp. 960-986.
- Smith, M.D. (1990), Patriarchal ideology and wife beating: a test of feminist hypothesis. *Violence and Victims* 5(4): pp. 257-273.
- Stets, J.A. (1995), "Modelling control in relationship", en *Journal of Marriage and the Family* 57(2): pp. 489-501.
- Stets, J.E., & Pirog-Good, M. A. (1987), "Violence in dating relationships", en *Social psychology quarterly* 50(3): pp. 237-246.
- Wiemann, C. M., Agurcia, C. A., Berenson, A. B., Volk, R. J., & Rickert, V. I. (2000), "Pregnant adolescents: Experiences and behaviors associated with physical assault by an intimate partner", en *Maternal and Child Health Journal*, 14(2): pp. 93-101.
- Wood, K., Maforah, F., & Jewkes, R. (1998), "He forced me to love him": Putting violence on adolescent sexual health agendas. *Violence on adolescent sexual health agendas*, 47(2): pp. 233-242.

El Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES) agradece la participación de las siguientes personas por su valiosa contribución para la realización de esta obra:

Universidad del Valle de México

Luis Enrique Pereyra Zetina
Grissel Ávila Millán
Josefina Guerrero Vázquez
Lourdes Caballero Aguilar
María del Rosario Baltar Rodríguez
Mario Martínez Alvarado
José Luis Hernández Sánchez
Estudiantes del Campus San Rafael,
coordinados por Santiago Monterrosa

**Centro Regional de Investigaciones
Multidisciplinarias de la UNAM**

Irene Regina Casique Rodríguez
José David Maureira

Instituto Nacional de las Mujeres

Araceli Vázquez Alarcón
María Eugenia Medina Domínguez
Claudia Ramírez Núñez
María Elena Vega Torres
Celita Alamilla Padrón
Luz María García Pérez

La **Encuesta sobre la dinámica de las relaciones en el noviazgo entre las estudiantes de bachillerato y preparatoria de una escuela privada, 2006. Marco teórico, diseño metodológico y resultados**, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2007, en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, Col. Felipe Pescador, Del. Cuauhtémoc, C.P. 06280, México, D. F.

Tels. 57 04 74 00, 57 89 90 11 y 57 89 91 10
ventas@tgm.com.mx

El tiraje consta de mil ejemplares.